Aleksandra Bychkova

YO SOY LA PRINCESA DE LOS ZAPATILLOS ROJOS

Entre la nieve y el desierto

Dedicatoria:
A tu caballo y a mi abuela

Agradecimientos:

Quería decir algo pero prefiero callar para escuchar como respira la ciudad de Granada, encontrada por un instante y ahora ya, en mi corazón para siempre. Gracias a ti, ciudad callada y hermosa, que de nuevo me has hecho sentir amor y tocar la guitarra, gracias a ti, José Gómez, que me has ayudado en todo y has dado forma, al castellano hermoso, a mi cuento lleno de imperfecciones, como la niña emocionada y despeinada, como la niña feliz. Gracias a la señora María Luisa Cerrón Puga que me ha regalada la posibilidad de pasar un año en esta ciudad, donde por fin comprendí que llevo en mi corazón los sueños de la princesa de los zapatillos rojos.

© Aleksandra Bychkova
© Dibujos: Svetlana Kaminskaya
Primera edición: junio 2016, Granada

Índice:
Entre la nieve…….…..…… 5
Y el desierto…..…… 99

Entre la nieve

1

El caballo color crema, raro, bello, a cada momento siente la presencia del hombre de la camisa blanca. Sigue cada movimiento del hombre, confiando en él plenamente. Lo acompaña a cada paso que da.

- Ibrahim ¿cómo has pasado la noche?

Al entrar el hombre, los rayos amarillos irrumpen en la oscuridad del establo. En la tiniebla densa y llena de olores de albahaca y de hierba de la estepa. El olor del caballo se funde con el perfume del jazmín fuera del establo.

- La noche fue fría pero ha pasado. Ahora sí que llegarán los días fríos de verdad. Pero ¿sabes Ibrahim? Tenemos que pensar en la primavera que llegará después del invierno. Diciembre pasará, pasará.

El caballo inclina la nariz al sentir la caricia del hombre de la camisa blanca. Está feliz.
- Mi abuelo me decía que no esté triste cuando llueva. Que piense siempre en las flores que brotarán después de la lluvia. Tú, Ibrahim, lo sabes. Siempre estás callado pero lo sabes. Te veo feliz bajo la lluvia. Entonces aguantamos este diciembre. Quizá este año la primavera llegue antes.
Habla con el caballo mientras limpia su curvado cuello, mientras arregla el establo o cambia el heno y el agua. Hace frío. Fuera se siente el fresco de la mañana de diciembre, el perfume de la tierra mojada. La tierra mojada siempre huele a muchas flores, incluso cuando ya no hay flores.

2

La princesa: “La nieve cae en mis brazos, en mi boca, en mis ojos. No puedo respirar porque el mundo está lleno de nieve. El mundo tan repleto de nieve como la mar de náufragos que no encuentran su puerto. La nieve esconde las pisadas sobre el camino. Por fin al fijarme, logro comprender que por aquí ha pasado alguien. Reconozco mis huellas. Yo soy

delgada, envuelta en la soledad de los abrazos desconocidos que el mundo me ofrece. Camino con los zapatillos rojos de princesa. Te busco a cada paso que doy. Entre la niebla de la nieve, adivino la silueta de un lejano puerto. El deseo ardiente del puerto donde me esperas.

3

- Basta.

Se dirigió hacia la cocina, buscando los zapatillos al pasar por el corredor. El agua en la cacerola estaba casi hirviendo.

- Pero basta.

Repitió con más energía. Sabe que debe dejar de pensar. Ahora, dentro de poco, llegará Él.

4

Llegó. Abrió la puerta con sus llaves sin advertirla, sin buscar su sonrisa. Cansado, se refugió en su bata suave. Cada vez que la ha abrazado, Ella siempre ha sentido calor y cariño pero ahora piensa que quizá haya sido simplemente la ternura de su bata no de su corazón. Ella se acostumbró al cariño de la bata. Bata.

5

- Has regresado tarde.

Dice, abrazándolo bajo las sábanas. Su cuerpo delgado y suave quiere calentar la cama rápidamente pero la cama todavía está fría. Todo el mundo está frío, como los labios de la persona que la besa. Se puede morir ahogado en este frío.

- Trabajo, lo sabes.

No contesta. Pone suavemente, casi con temor, la cabeza sobre el cristal de su pecho. Silencio. Al otro lado de sus párpados está la habitación llena de oscuridad. Tras la oscuridad, se adivinan las cortinas. Más allá de las cortinas, resalta la ventana como herida en el cuerpo del muro. Un dibujo triste de la nieve. Tras la nieve, se esconde la noche. Dentro de la noche, existes tú.

6

La princesa: “Así pasarán noches, días, horas y segundos de mí vida. Caerán como caen los copos de nieve, iguales, hermosos, fríos. Y llegará el día en que la tempestad de la nieve acabe. Y llegará el día del cielo azul, sin nevada. Desapareceré como la nieve derretida, sin

encontrarte. Dolor de los dolores, saber que nunca te encuentro".

7

La princesa: "Solo tú, hombre de los ojos verdes, me haces superar la distancia de los campos invisibles".

8

El caballo: "Solo tú, hombre que llegas por la mañana para liberarme de la tiniebla, me haces revivir mis recuerdos. Nuestros recuerdos galopando por la estepa".

9

Están acostumbrados uno al otro. A lo largo de los años, Ella se acostumbró a sus abrazos, a sus besos, a su sonrisa, a su indiferencia. Él la desea como desean comer, como desean dormir. Sin necesidad de aprender las olas de su cuerpo, el tesoro suave y frágil encontrado en este mundo lleno de esquinas. Pero Ella necesita que la deseen como el aire que respira.

10

Él es rico, generoso. Siempre le regala flores. Ella pasa las horas sentada frente a la ventana, escuchando el silencio, viendo la caída de las hojas, tiernas, bellas. Dolor de los dolores, ver los pétalos caídos, podridos, arruinados. El tiempo. El tiempo se acerca de puntillas por detrás de Ella. Pone sus manos invisibles sobre sus hombros. Está sola en el cuarto. Tiembla. Teme la presencia de algún desconocido con los ojos verdes. Cuando caen las hojas, Ella toca con temor sus mejillas, busca algo: manchas, heridas. No encuentra nada en la tierna piel de su cara. Solo el miedo del tiempo que la abraza.

11

El caballo: “Te necesito más que el agua, más que el aire. Eres mi movimiento, eres yo mismo, sano, vivo, alegre”.

12

No importa dónde trabaja cada uno. Lo importante es que por las noches, cuando caen las estrellas, Él no siente el susurro de estas estrellas deslizándose hacia la tierra. Ella a su vez, está llena de

este denso rumor. Acompaña la caída estelar con la mirada ardiente y solitaria. Soledad del dormitorio donde duermen los dos.

13

- Eres demasiado romántica.

Le dice una noche sin abrazos.

- Pero es verdad que siento caer las estrellas.

Se mueve hacia la ventana, desnuda, envuelta en la sábana, como una diosa antigua. La diosa que no existe.

- Mira, ven aquí, te lo pido.

- Querida, son las dos de la noche. Mañana tengo que trabajar.

Él no se acerca a la ventana. Le entra sueño. Su respiración tranquila y rítmica, rellena el aire alrededor de la cama. La cama se ahoga en la oscuridad de la noche sin estrellas. Ella sigue mirando las estrellas invisibles.

14

La princesa: “Lejos de mí, desde la otra parte del mundo, contemplas la caída de las estrellas. En tus ojos verdes, se

refleja su vuelo infinito. Infinito como la vida de una mariposa".

15

La princesa en el mundo de sus sueños: "País sin sol, sin estrellas. País de nubes.

- ¿Sabes? Quisiera vivir en el país donde el cielo es siempre azul, donde luce siempre el sol, donde por las noches caen las estrellas como la nieve aquí.

No le contesta. Ya duerme sereno y profundo. Ella sonríe, vuelve a la cama, olvida cerrar la ventana con las cortinas. Duermen dos cuerpos en la mar blanca de las sábanas. Dos cuerpos como dos barcas aisladas, perdidas, lejanas. Y ninguna de estas dos barcas llegará a su puerto. Porque ya no existe ningún puerto.

16

Diciembre llega de repente. El día está lleno de sol. Pero tras el calor del aire y el perfume de las flores, ya se escuchan sus pasos fríos. Ibrahim está en su establo ya preparado, impaciente. Sabe la hora en que llegará el hombre que habla con él y que lo acaricia. Toda la noche la pasa en

tiniebla. A lo largo de toda la noche, solo existe para él el color negro. Pero llega el hombre de la camisa blanca para contarle los colores del mundo. Con la llegada de este hombre, irrumpen en la cuadra los olores del campo, el calor del hogar, el olor del tabaco. La oscuridad entorno al caballo, empieza a llenarse de vida. Azul como el cielo, amarillo como las montañas, rojo como los besos y verde como la lluvia en verano. Verde como las hojas nuevas. Verde, verde.

17

Entra el hombre de la camisa blanca. Ibrahim lo olfatea sin rozarlo. Algo de valor eterno, existe en este hombre, que el caballo reconoce cada mañana. El color verde de sus ojos.

18

El caballo: “Aprendo a sentir los colores. Amarillo, negro, rojo, azul. Me gusta más el verde. Temo mucho el blanco”.

19

No importa cómo se llamen los dos. Lo importante es que a Ella le gusta el color verde. Lo importante es que Él no lo sabe. No sabe mirar el mundo con sus ojos. El mundo de color verde de sus sueños.

- Quiero el día lleno de sol. Lleno como el vaso puede estar lleno del vino hasta el borde. Tan lleno que se derrame. Estoy toda manchada de sol. Quiero así. Quiero.

- Querida pero hoy sí que hacía sol. ¿No lo has notado?

Hojeando el periódico.

- No me escuchas. Habla por favor conmigo.

Se acerca a Él, sentándose en la alfombra cerca del sofá.

- Quiero acabar este artículo.

Silencio. Después, para no ofenderla:

- ¿Salimos este domingo? Dicen que será un día muy soleado.

Silencio. La mira por primera vez.

Qué loca. Sueña con sol del país que no existe. Sueña con la caricia del sol día y noche.

20

La princesa en el mundo de sus sueños: “Yo sé que vives en un país desconocido. Por la mañana te levantas para deleitarte con el perfume y el aire fresco de tu jardín que, acariciando el cristal de la ventana, rellena tu dormitorio. Abres los ojos con un recuerdo lejano de tener algo precioso que te regalaron ayer, anteayer, hace un mes, hace siglos. Te levantas porque quieres adivinar, entre la mezcla de los sonidos de la mañana, el canto de tu mirlo conocido. Te levantas porque quieres adivinar entre las rosas brotadas, aquella yema de ayer. Te levantas para tomar el café largo. Más largo que la eternidad”.

21

La princesa: “Por la mañana preparo el café con leche. Leche tan blanca como la nevada. ¿Y tú? Espera, adivino: preparas el café con el perfume de flores, con el vuelo de las mariposas, con el eco de tu música”.

22

La princesa en el mundo de sus sueños: “Quizá un día me digas que mi amor es solo un reflejo del amor eterno.

- ¿Amor eterno?

Te preguntaré, apretando tu mano con avaricia, porque tengo miedo de perderte. Miedo de perderte ahora, cuando por fin acabo de encontrarte entre los siglos. Tú me enseñarás el sol de la mañana. La mañana estará llena de frescura, de rosas, de tu aliento, de mi respiración. La mañana estará vacía de sueños, porque yo misma estaré en mi sueño, ahora, aquí. El huésped invitado por nadie. Sentiré amor en cada gota del rocío. Amor de una hormiga buscando la estrella más hermosa, más inalcanzable. Ahora sí sé que tus ojos son verdes.

23

El caballo: “Todo el bien del mundo, tiene el color de tus ojos: hierba de primavera, ramas cubiertas de hojas, campos en verano. Todo el mundo es de color verde, como la estepa por donde galopamos”.

24

La princesa: “Ahora sí sé que tus ojos son verdes. Todo el bien del mundo tiene el color de tus ojos: la hierba de la primavera, las ramas cubiertas de hojas, los campos en verano. Todo el mundo es de color verde, como los ojos del centauro en los que me reflejo”.

25

No importa donde viven. Lo importante es que por la mañana cuando Ella se despierta y mira por la ventana, ve solo nieve. La nieve de sus abuelos y bisabuelos. La nieve de la época del yugo tártaro. Pasan las centurias una detrás de otra, en las leyendas, sin parar. Sólo la nieve de este país, no pasa nunca. Sigue tejiendo alfombras, un año y otro, sobre la tierra.

- ¿Me despiertas un día con café?

Pregunta con esperanza.

- ¿A las seis y cuarto?

Pregunta con ironía. Se pone la corbata mientras se prepara para ir al trabajo.

- Además, lo sabes perfectamente, por la mañana siempre tomamos té con jengibre. Es más sano.
- Pero eso es poco romántico.
La interrumpe:
- Poco romántico, poco dulce, poco, poco. Me recordarás con agradecimiento. ¿Dónde has puesto mi chaqueta gris?
- No me gusta.
- No importa. Esta chaqueta combina bien con la corbata.
Sale de casa, sin prisa, siempre es puntual como un reloj.

26

La princesa en el mundo de sus sueños: “Un día te preguntaré la hora. Me mirarás sonriendo: tus manos son de gitano vagabundo. Morenas y cariñosas, no conocen la prisión de la correa del reloj. Yo adivino tus manos tocando la guitarra en la placeta de una ciudad desconocida, recogiendo las aceitunas que comeré aquí, en mi país lejano. Las aceitunas que comeré, yo que te sueño, que te espero, que no te busco, porque todas las salidas de mi casa están llenas de nieve. No puedo salir de esta prisión. Un día te

preguntaré la hora. Será un día sin nieve. Un día cuando me escape de mí, para vivir, para no soñar más. Seré libre como los animales salvajes, no acostumbrados a la comida abundante, al calor del hogar cerca de los pies del dueño, a la suavidad de la alfombra. Mi noche estará llena de estrellas. Noches sin techo”.

27

- Cuando estoy así en la cama, me parece que el techo se desploma sobre mí, aplastando mi cuerpo.

Silencio. La noche está en calma, sin ruidos. Están encapsulados los dos en el rectángulo de los muros blancos. Sus ojos están clavados en el techo. Se concentra en la bombilla colgada del techo. La bombilla que le remite a la luna. Percibe que Él la observa atentamente, con ansiedad.

- Sí, el techo cae. Míralo.

Germina su voz desde más allá de la frontera del silencio:

- Querida ¿estás bien?

Se levanta apoyándose en los brazos, su almohada está como la cara de una vieja, arrugada.

- Sí, estoy bien. ¿Por qué?
- Tus palabras me hacen pensar en síntomas de enfermedad nerviosa.
Ríe, ríe en el vacío de los muros sin eco. De nuevo el silencio.
- Quiero dar un nombre a este silencio. Me gusta escucharlo. A veces imagino que es el mismo silencio que caía en la tierra después del Diluvio Universal.
- ¡Basta!
La corta en frío, muy serio.
- No es el momento de chanzas. Quizá padezcas una enfermedad grave. La gente normal, no habla así. Mañana voy a consultarlo con mis colegas. Creo que no estás bien. Llevas así casi dos semanas.
- ¿Solo dos semanas?
Ríe.
- Once días.
Silencio.
- Y además, tu lenguaje me desconcierta.
- ¿Qué tiene mi lenguaje?
- Hablas como loca. Por lo menos, atempera tu gusto por las metáforas.

28

El caballo: Quiero el color verde y no deseo el color blanco. Me da mucho miedo

el blanco, color que no vi jamás, color que no veré nunca. El blanco de la nieve.

29

No corre sin el hombre de la camisa blanca. No pasea. No va a galope. El mundo empieza a bullir solo cuando el hombre entra en la cuadra. El mundo se despierta después de largas horas de insomnio.

- Hoy llueve mucho. Ha llovido a lo largo de toda la noche. Pero salimos, Ibrahim. No quiero estar en casa. Me parece que la lluvia empieza a cubrirme con el musgo. Me siento como la madera bajo la lluvia.

Ibrahim siente el aire frío. Siente el peso del hombre. Camina seguro por la senda estrecha a lo largo de la empalizada. Conoce bien este camino que lo lleva a la anchura de los campos. Allí, en el campo sí que pueden ir a galope entre las montañas amarillas. Pero aún no, hay que esperar a que desaparezca el olor del arrabal conocido, el olor de la senda mojada. El mundo fuera de la cuadra, está lleno de olores cada día muy esperados. Este mundo aturde a Ibrahim y, entonces, el caballo se olvida del hombre, de su

presencia sobre el lomo. El caballo y el hombre se amalgaman. Se funden como los minerales para generar una piedra preciosa. La piedra que refleja la gama infinita de todos los colores. La gama de los matices verdes.

30

Se amalgaman en centauro.

31

La princesa en el mundo de sus sueños: “Un día me despertaré cerca de ti. Estarás sentado en la silla de rejilla, mirándome, fumando tabaco. Sin darte los “buenos días”, sin acercarme a ti, besaré tus manos, tus ojos, tus mejillas. La grieta en la pared, me recordará la ventana. Un cuadro dibujado con azul. Salimos a través de esta ventana, salimos al azul. Tu terraza se ahoga en el olor de jazmín, se columpia en las nubecillas transparentes.

- Mira estas nubes. ¿Qué te recuerdan?

Te contestaré:

- Nieve.

-¿Nieve?

- No puedo olvidarla jamás, en ningún lugar de este mundo. Está en mis huesos.

No me interrumpes. Quieres que hable. Quieres comprender la mirada lejana de los ojos cercanos.
- Las nubes me recuerdan a la nieve. Ya hace mucho tiempo que todo me recuerda sólo a la nieve, fría, suave. El algodón perdido de los dioses.
Guarda silencio. El humo elegante del tabaco, como un hilo fino, remienda el tejido del aire.
- Tú no puedes comprenderlo.
- Cuéntame.
De nuevo veo tu sonrisa que hiere dulcemente mis pupilas, quema mi sangre. Mi sangre no es roja, es el agua de manantiales de tu tierra. Los manantiales que llevan los brotes del azahar, al infinito.
- Sí, te lo cuento. Quiero que mi secreto, sea tuyo.
- El secreto compartido con otro, deja de ser un secreto.
El silencio está lleno de ti.
- No eres otro. Eres mi sueño, la sonrisa que encontré en esta tierra, tras los océanos y montañas, al otro lado de las muchedumbres.
- Entonces, cuéntame.

Te tapas la cara con el sombrero de paja. Escuchas el silencio y mi voz.
- Mi secreto es simple. Una vez fui niña, tenía todo el día sólo para cazar mariposas, para soñar nenúfares amarillos en el centro del estanque. Una vez fui niña. La niña nacida en las nieves. Un día mi abuela me enseñó su secreto: “Mira este cerezo aliso. Dentro de poco, caerán todas sus flores. No será nunca tan hermoso como ahora. Intenta recordarlo. Estamos en camino. Quizá mañana, me llevará en silencio y paz. Pero no irás sola. Nunca estamos solos en el camino. Hay que darse plenamente, a cada momento de la vida, a cada despedida, como por última vez. Sólo así, no te marcharás nunca, solo así acompañarás siempre a quién amas.”
De repente, una bocanada del aire nos envolvió con las flores del árbol de primavera. Daban vueltas.

32

La princesa en el mundo de sus sueños: “Estás sentado inmóvil, con el sombrero sobre la cara. No sé si me escuchas o duermes. No me importa. Sé

que quiero contarte todo esto, sé que tengo que contártelo.
- Han pasado los años, han volado como el viento. Dejando atrás, sólo un susurro amargo y querido. Cada primavera, el cerezo aliso, florecía, alfombraba el trocito de tierra alrededor, con la nieve de sus flores.
Un día volví a la sombra de este árbol. De repente el viento zarandeó las ramas llenas de flores. Las flores caían y caían sin parar. Sentí mareo. Cerré los ojos poniendo mi cara bajo la cascada perfumada y suave. Fue un momento que no se ha repetido nunca más. Cuando abrí los ojos, no vi el árbol hermoso, no vi el árbol de las flores blancas. Estaba desnudo y triste. Alejándome, sentí ternura en cada uno de mis pasos sobre las flores. Ternura y agradecimiento infinito".

33

La princesa en el mundo de sus sueños: "El sombrero de paja, se movió. Tus manos me atraen hacia ti como el marinero atrae su barca hacia la orilla. El abrazo es como un nudo marinero. Yo soy

la barca. Tú eres mi puerto. El puerto que ya no existe".

34

No importa lo que hagan los dos en su tiempo libre. Lo importante es que Él, casi no tiene tiempo. Dedica a Ella sólo migajas de su mundo. Ella no sabe dónde acaban las fronteras de su fantasía, qué islas desconocidas flotan en la mar de sus deseos y sueños. Camina sin coordenadas, en el desierto de sus ojos. Pero Ella, sí que desea revelar su mundo a la persona que cada tarde se adormece a su lado.

- ¿Puedo contarte algo importante?
- Sí, claro. ¿Algo pasó con tu trabajo?

La mira serio. Espera.

- Pero no, adivino. Tus ojos te traicionan. Has descubierto que las mariposas tienen corazón, que la puesta del sol ha sido irrepetible, que mirar todo el día a las flores, te conviertes en flor. ¿Es cierto?

Cansado de sus metáforas, espera una respuesta.

- Nada.
- ¡Vaya! ¡No te enfades! Trabajé todo el día, tenía dos operaciones importantes.

Claro que no quiero ahora escuchar los cuentos de tu locura. Soy un ser humano que vuelvo a casa para descansar, para ponerme las zapatillas y la bata, para comer algo y olvidar lo que pasa fuera de mi casa. Quiero un poco de comprensión, un poco de piedad.

Puede que Ella tenga que aprender a respectar su mundo. En fin, Él es una persona buena, seria. Desesperanzada y tranquila:

- Sí, siempre tienes razón. Pero ahora no te cuento nada de las mariposas. Nada. Querría decirte que empiezo una investigación y en la cátedra me han dado la aprobación.

- ¡Bravo! ¡Me alegro, querida!

Se siente contento de verdad. No tiene en cuenta su mundo interior pero está preocupado por su carrera y por su futuro.

- ¿En qué quieres trabajar?

- En las peculiaridades de los animales ciegos.

Él, como el maestro contento de sus alumnos, la mira con satisfacción. Ella, contesta con la sonrisa viva, escondiendo la soledad detrás sus ojos. No quería hablar de esto, sino del cerezo aliso, de las

flores que cubren la tierra como nieve. Ayer soñaba hablar con alguien que la escuchara. Pero eso fue sólo un sueño. Hoy está harta de lo irreal. Quiere oír las palabras que se deslizan por el aire. Pero en este momento, adivina que está cansado, ha llegado a su lado para encontrar hogar y la paz que Ella genera y cuida. No puede desilusionarlo ahora, en el momento de su desabrigo en su propia casa. Siente mucho afecto hacia Él.

35

El caballo ve el mundo con los ojos del hombre de la camisa blanca. La gama infinita de los matices verdes. El mundo tras un pequeño vidrio verde.

- Llueve. ¿Qué te parece, Ibrahim, damos un paseo hacia aquella montaña?

El caballo piafa nervioso, contento a la vez, al escuchar la voz del hombre. Qué felicidad estar bajo la lluvia cargada con los aromas de la estepa. Empieza a temblar con todo el cuerpo, intuyendo los campos infinitos, llenos de sol, de hierba verde y él galopando. El hombre se aplasta contra su lomo. El centauro de las leyendas antiguas.

36

La princesa: “Un día, quizá después de muchos años de trabajo, montones de libros, después de los premios en el mundo de la ciencia biológica, llevará en su corazón sólo una frase entre los millares de líneas de mi trabajo doctoral: Los animales ciegos, ven el mundo con los ojos de las personas que los aman”.

37

La princesa en el mundo de sus sueños: “Un día tú mirarás a mis ojos:
- Toda nuestra vida es un camino. Detrás de cualquier encuentro, está escondida la despedida. Su sabor amargo, lo saborearás en los besos de saludo. Su frío nostálgico, lo probarás en el abrazo más apasionado.
- No me importa. No me alejaré jamás de ti. Yo seré la sombra de los árboles donde te esconderás en el día más caluroso. Seré el agua que beberás en los manantiales de tu tierra. Seré el sonido de tu música. El perpetuo tema de tus canciones de gitano.
Me sonríes. No me crees. Para ti, sólo son palabras, quizá.”

38

- Escúchame, habla conmigo.

Cada día le pide Ella. Cada día su garganta reseca, ansia el elixir de su voz, de su atención. Le bastaría.

- Quisiera acabar este artículo.

Cada día le contesta Él. Cada día su mente ansia el elixir de silencio y paz, de comprensión. Le gustaría.

Pero un día, acabarán todos los artículos. Todos los lápices habrán gastado su carbón. Todas las palabras estarán dichas. Solo habrá silencio sin tinta.

39

El caballo: “Corramos por los campos lejanos. Llenos de los olores increíbles que colorean el mundo, colores vivos como el movimiento”.

40

- Quiero que olvides tu trabajo por una vez. Necesito salir lejos de nuestra casa, pasear allá por donde la estepa esté limpia de nieve, donde el sol no conozca las siluetas de nuestras sombras. Una vez quiero verte con el sombrero de paja, con el cuello que nunca ha tenido corbata.

- De nuevo hablas en tu modo extraño. Quizá estés cansada. Trabajas demasiado. Regresan a casa. Las calles se hunden en la tarde. La tarde se hunde en la nieve. Las personas que pasean, parecen ahogados. Sus caras pálidas, reflejan la blancura de la nieve.
- También tú.
- Tienes razón. Los dos necesitamos un descanso. Mañana vamos al pueblo. Por la mañana, paso por mi despacho y salimos.
Con ironía y desilusión Ella sonríe. Con voz cavernosa, afirma: “Vale”. Con la voz de los náufragos que saben que ya no llegarán jamás a su puerto. Porque ya no existe ningún puerto.

41

La princesa: “Te soñé a lo largo de toda la noche. Fuiste el centauro de los ojos verdes”.

42

- ¿Qué sentido tiene mi vida?
Ella observa sus ojos cerrados. Los párpados tiemblan, no duerme.
- Muchas personas encuentran el sentido de su vida en los niños. Otras lo

encuentran en sus títulos. Tú eres un biólogo bastante famoso en la universidad. Te respectan los profesores. Lo sabes. No tienes motivos para quejarte.
Cae la noche.

43

La princesa: “¿No me comprenderás jamás?”

44

La princesa: “Te he soñado a lo largo de toda la noche, durante las horas de las tinieblas. Al otro lado de la ventana, caía la nieve. Caía sin parar. Qué diciembre tan loco, tan insaciable de nieve. Te he soñado, centauro de los ojos verdes. Te visto con tu piel negra, pecho moreno bajo la camisa mojada. Llovía. Llovía en mi sueño durante toda la noche. Caía la nieve, más allá de todas las ventanas del mundo”.

45

La princesa en el mundo de sus sueños:
- “¿Qué sentido tiene mi vida?

Tú me miras sonriendo. Me sonríes siempre. Tus ojos, dos espadas verdes, cuidadosamente entran en mis venas.
- No le busques sentido a tu vida. Ámala con todo tu corazón, en cada palabra, en cada abrazo, siéntela.
Te siento en cada caricia que te conceden mis ojos en esta mañana llena de cielo azul. Cada bocanada del aire que respiro, me satura de ti".

46

El caballo galopa dentro del infinito. En el espacio sin fronteras, sin caminos. En el espacio dividido en nada. En el espacio perfecto. El hombre de la camisa blanca lo sigue abrazando. El calor del lomo calienta su cuerpo. La crin de Ibrahim se enreda con el pelo del hombre. Galopan callados. Ibrahim conoce este silencio. El hombre lo respecta.

47

La princesa: "Sé que te gusta el color verde. No conozco ni tu nombre, ni tu edad, nada de ti. Pero sé que te gusta el color verde. Este secreto lo equiparo a los conocimientos de los sabios. Este secreto,

lo he colmado del significado más profundo que hay en de todos los libros de las bibliotecas antiguas. Este secreto, lo dibujaré en el cielo, entre las constelaciones descubiertas y desconocidas. Este secreto, lo llamaré con el nombre que tuvieron los más poderosos reyes. Este secreto, lo llamaré con tu nombre, escondido en mi corazón. Te gusta el color verde. Bueno. Es suficiente para soñar. Para soñar el verde de las orillas donde arribaré con mi barca. Qué agradable y doloroso puede ser el sueño de las orillas verdes tras la mar de nieve. El sueño de la barca que no llegará jamás a su puerto".

48

La princesa: "Hoy comprendo que perdí demasiado tiempo en hacer lo que no quería. Qué locura, dejar todo para ir a buscar al centauro de los ojos verdes. Qué alucinación. Qué felicidad."

49

Siempre le regala rosas. Pero Él no sabe las flores que a Ella le gustan de verdad. No lo sabe. No lo recuerda. Ella

puede soñar, puede escuchar un día entero como cae la nieve. Puede pensar en los cuentos de sus abuelos, en lugar de pensar en el dinero, en el trabajo. Todo eso es gracias a Él. Sacrificó su fantasía y su mundo, alzó los muros de un castillo, donde está todo lo necesario para soñar: la paz. Y se quedó a su lado, serio y callado. Como un caballero fiel, que ha vuelto para siempre de su cruzada. En el botín que puso a sus blancos pies, estaban las sombras de los sueños secos, transparentes, podridos con el tiempo. Los sueños de un hombre que amaba. La amaba así, como aman en la tierra de la nieve, nieve perene y omnipresente, sin decirlo.

50

El caballo: “Me gusta la caricia de las manos del hombre de la camisa blanca. Me despierta cada mañana. Me trae agua, heno. Me libera de las tinieblas. Salimos a correr por los campos”.

51

- No tienes miedo.

El hombre respira profundo, arrítmico.

- ¡Bravo Ibrahim!
Corta las frases.
- Es importante confiar, creer. Pero qué frío.
Vuelven al establo. El hombre de la camisa blanca se marcha. Ibrahim recuerda el viento, el aire lleno de olores. Poco a poco la cuadra se satura de dolores, los dolores de la quietud, inmovilidad y tiniebla. Sólo existe el recuerdo de los campos verdes, los campos invisibles.

52

La princesa: “Quiero que conozca el color de mi mundo, se llama nieve. Quiero que conozca el olor de mi mundo, se llama nieve. Quiero que conozca la palabra de mi mundo, se llama nieve”.

53

La princesa: “Me acerco a ti para compartir el aire que respiramos. Me acerco a ti para ver el mundo con tus ojos. Son verdes como los ojos de mi madre. Quiero que conozcas las coordenadas de mi mundo. Ni número del pasaporto ni el país del origen, no me preguntarán nada en la aduana de entrada a tu mundo. Me

preguntarán sólo el color de tus ojos, mi hombre que busco en la tierra llena de nieve. Verde, verde como la tierra en primavera.”

54

La princesa: “Te he buscado en la tierra llena de la nieve. Pero la tierra llena de la nieve, no es el fin del mundo. El mundo no se acaba donde ya la tierra no tiene nieve. El blanco no es el único matiz del universo.”

55

- Los animales ciegos también pueden ver el mundo lleno de colores. Lo descubrí ayer.

Ella sonríe. Añade:

- Sabes que me gusta la biología. Pero en la medida que explica el mundo que no acabo de comprender.

- Pero háblame de tu trabajo. ¿Cómo sigue? Es muy interesante el tema que has escogido, los animales ciegos. Qué argumento tan inesperado.

- Ya no hay trabajo. Entiendo que jamás comprenderé los colores del mundo de los animales ciegos. Entiendo que.

Corta la frase. Mira por la ventana. Nieva. Él odia las frases no terminadas, el mundo en construcción, un andamio en torno a los edificios. Ella vive en el mundo de los sueños. Los sueños sin comienzo, sin fin. Como la mar.

56

La princesa: “Hoy por primera vez soñé con las estepas entre las montañas amarillas, por donde galopaba el centauro.”

57

- Un día desaparezco.

- No digas esto, por favor. Pásame las aceitunas.

Así comen cada tarde antes de acostarse. Él, cansado y simple. Ella, perdida y bella. En lugar de pasar los frutos que le pide, Ella observa el platito de aceitunas negras.

- Por favor. ¿Qué te sucede?

Impaciente, le arrebata el plato. Ella observa cómo las aceitunas se aplastan entre sus dientes.

- Quizá algún español hermoso ha recogido estás aceitunas en su pueblecito pero ¿dónde?

- ¿Qué te importa?

- Un español desconocido. Pero ¿cómo podría conocerlo si un día vamos a ese pueblo?
- Basta. Es obvio que no voy a ir a ninguna parte del mundo para encontrarme con alguien que recoge aceitunas. Basta.
Se va. Ella se queda para recoger la mesa. Con cuidado, pone las aceitunas en la nevera. Después se mueve para ir a ver la nieve caer al otro lado de la ventana. Va a observar la tierra de los olivares más allá de la nevada.

58

La princesa: “Cae la nieve. Siempre lo mismo. Dos siglos ya cayendo nieve sin parar. Cae y esconde pérfidamente tus huellas hacia mi casa. Esconde el camino que me llevará de aquí.”

59

La princesa en el mundo de sus sueños:
- “Háblame de tu vida. ¿Qué fuiste?
Me preguntas. El sol ciega tus ojos. El sol tiene la materia, los rayos del sol, reverberan sobre los muros blancos, por

debajo de la terraza que ondea entre el sol. Amarillo, amarillo.
- ¿Qué fui yo?
En este momento el mundo de verdad se parte en dos, como la manzana cortada con precisión: “fui” y “soy”. En este momento estoy de acuerdo en perderlo todo para encontrar lo único.
- Fui soñadora que escondía sus sueños bajo la apariencia seria. Rellenaba los papeles con las palabras de diccionarios. Las palabras que tú no conoces. Mi mundo fue, una investigación en el laboratorio, un vestido elegante, un perfume rico, un apellido largo y respetable. Todo eso fue para que el mundo no me moleste y yo pueda soñarte. Todo eso fue sólo para descubrir tras los sistemas nerviosos de los animales, tras las evoluciones de los organismos, una simple verdad: los animales ciegos…
Tú adivinas y me interrumpes preguntando:
- ¿Ven el mundo con los ojos de las personas que los aman?
Sonríes tan dulce que quiero besarte. Necesito besar esta sonrisa. Necesito pintar la huella de tu sonrisa en mis labios.
- ¿Lo sabes? ¿Cómo?”

60

La princesa en el mundo de sus sueños: “¿Por qué mi abuela olvidó contarme la leyenda más bella del mundo, la más querida?: “El mundo es tan grande que no bastarían los siglos para verlo todo. El mundo es tan hermoso que no bastarían todos los colores para dibujarlo”. Así decía mi abuela cuando yo era niña, cuando tenía el tiempo para jugar con muñecas, cuando las muñecas sabían hablar. “En este mundo, vivían muchas personas. Cada persona tenía miles de sueños y sólo uno de estos sueños, era igual al sueño de la niña.

- ¿De quién fue el sueño? ¡Cuéntame el fin!

Solicitaba la niña.

- Las leyendas no tienen fin.

Contestaba la abuela”.

Un día la niña creció. Encontró al hombre. Este hombre adivinó su sueño antes que ella se lo contara. Desde aquel momento, la niña medía la grandeza del mundo no en los siglos sino en el color verde de los ojos del hombre encontrado. Desde aquel momento, dibujaba la hermosura del mundo no con la paleta multicolor de los

pintores sino con un color único: el verde de los ojos del hombre encontrado. Desde aquel momento temía que su leyenda, un día tuviera fin. Temía que la mar acabara en un puerto".

61

Cada día llega el hombre de la camisa blanca para dar un paseo con Ibrahim. El caballo recuerda el campo. Recuerda a lo largo de la noche. El hombre llega en invierno cuando en el aire sólo hay vacío, no huele a hierba ni a flores. Todavía es muy pronto. El hombre llega en primavera cuando el aire está lleno de presentimientos. Dulces presentimientos de amor. El hombre llega en verano cuando el aire ya es ardiente. Hace calor por la mañana, hace calor por la noche. El hombre llega en otoño cuando el aire está lleno de despedidas. Predice la soledad.

62

Cada día llega el hombre de la camisa blanca para dar un paseo con Ibrahim. Ibrahim es el caballo más feliz del mundo. Su vida está llena de colores. Cuando vuelven al establo, cuando el

hombre deja a Ibrahim en las tinieblas, el caballo comienza a dormirse. Duerme todo el tiempo hasta el momento en que de nuevo el hombre tiñe de verde su mundo. El caballo teme el desvelo, el insomnio le trae dolor. El dolor de vivir en el mundo de la noche, del negro, del recuerdo, de la inmovilidad.

- Ibrahim, mi caballo valiente, cómo corres.

El hombre se admira del caballo. Se siente orgulloso de la belleza de sus movimientos. Esta noche vuelven cansados. El frío de diciembre penetra en sus huesos. Han galopado al otro lado de la montaña amarilla, por el lado de la tarde sin puesta del sol.

- Fuimos tan lejos, que pensé que no regresaríamos más a nuestro puerto. Sabes, Ibrahim, me sentí hoy como un marinero que de repente comprende que nunca llegará a ningún puerto.

63

La princesa en el mundo de sus sueños: “Cada uno encuentra, tardes o temprano, a la persona que adivina los sueños del otro.

- Yo te encontré a ti. Ahora tengo miedo de perderte un día. Tengo miedo de quedarme sola frente a mis sueños.
Me abrazas. Después enciendes un cigarro. El mediodía está muriendo al otro lado de las montañas amarillas. El cielo sereno está demasiado azul para ser contado en poemas. Dibujas con el pincel del humo mi silueta en el aire.
- Mira aquellas montañas. Parecen cercanas, pero están muy lejos.
- Sí.
- Pero, no hay en este mundo distancias tan lejanas que sean imposible de superar. Hay que empezar a caminar.
Silencio, después sigues:
- Hay que empezar un camino. Lo que te molesta no es el miedo de la lejanía de las montañas que ves al frente, sino los chinos en tus zapatos. Venciendo tus miedos, te haces invencible".

64

La princesa: "Un día superaré mis miedos. Un día me libraré de mis miedos y te encontraré. Porque no hay caminos que no me lleven a ti. Tú mismo eres mí camino. Eres inevitable. Como el verde de

los ojos de mi madre. Como el verde de los campos al otro lado del desierto, lleno de nieve".

65

-¿Quién fui yo?

- ¿Cuándo? ¿De qué hablas?

Está ocupado en su despacho. Ella se sienta cerca, aunque a Él no le agrada mucho porque prefiere trabajar en silencio.

- ¿Quién fui yo? ¿No te interesa?

- Pero ¿de qué hablas? Explícame. Ya lo sé todo sobre ti.

- Tienes razón. Me parece que todavía es demasiado temprano para hacer esta pregunta: "¿Quién fui yo?". Sigo siendo la misma, conocida por todos, abierta como el papel desdoblado, con una sola palabra dentro.

- Pero querida, no empieces con tus metáforas. ¿De qué palabras hablas?

- Sí. Soy el papel con una sola palabra escrita.

Ella se siente satisfecha de la metáfora. Se siente orgullosa como los niños cuando encuentran algo precioso.

- Soy el papel con la única palabra escrita: "nieve".

66

Él está cansado de su locura. A sus sueños, los llama “locura”. No los desprecia, pero cree que cada cosa en la vida, debe tener su tiempo. El amor no se mezcla con el trabajo. El trabajo no se mezcla con la noche. La noche no se mezcla con el amor. Cada cosa tiene su tiempo. Cada palabra tiene su lugar. Esto le permite disfrutar del tiempo con más provecho. Pero ¿qué significa el trabajo y la noche sin amor?

La palabra “nieve”, no le parece apropiada. Sí que afuera, nieva cada día. Pero, por caridad, vivimos en la ciudad. Tenemos muchas cosas que hacer. No pensemos solo en la nieve. La nevada, es solo el fondo, el clima.

- Pero pienso en la nieve no porque la esté viendo siempre. ¿Cómo me explico?: Pienso en la nieve, hasta en verano. Como los ciegos que no ven el sol, aún cuando éste resplandezca.
- Son tus metáforas.
- No, son las cosas que existen a pesar de mí, a pesar de ti. Existirán cuando seamos viento. El viento verde de las montañas amarillas.

- Vale, ahora vale. Te entiendo. ¿Me puedes dejar trabajar?

67

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Las montañas amarillas, no las he visto jamás en mi vida. En mi vida sólo hubo nieve. La nieve por la noche, la nieve durante el día. Entre la noche y el día, también sólo hubo nieve blanca. Pero pienso siempre en el amarillo. En el verde. Me sonríes. Ya me he acostumbrado a esta sonrisa.

- Sí, somos la gota del mundo, en el que vivimos. La gota del agua que brilla a cada instante con un color nuevo. No conocemos la multitud de sus colores, son inacabables. Uno de estos colores, nos deslumbrará un día”.

68

La princesa: “Te encontraré: eres uno de los destellos de mi alma. Te encontraré cuando acabe de nevar, cuando las gotas del rocío se rellenan de brillos infinitos, de color verde como tus ojos”.

69

La princesa: “Hoy de nuevo soñé con el centauro. Ya lo conozco bien. Quería acercarme a él para verlo mejor, para recordarlo al despertarme. Pero la nieve cubrió la tierra. No podía encontrar el camino. Se fue a galope hacia las montañas del desierto. Las montañas amarillas. Me quedé sola entre la nieve”.

70

En este invierno, Ella comprendió que un día cambiará todo. Un día, el hombre encontrado, sí que podrá preguntarle: “¿Quién fuiste?” Porque para encontrarlo lo dejó todo. Sin miedo.

71

La princesa: “Soy la nieve. Soy tu sombra en el día sin sol. Soy el sueño de tus ojos verdes. Comprendo que necesito ponerme en camino. Necesito ir”.

72

La princesa: “Soy tu sombra en el día sin sol. Soy el eco de tu música en el silencio. Soy la niña con el sueño perpetuo de las montañas amarillas. El sueño de las

montañas verdes, como los ojos de mi madre, como tus ojos. Me fui".

73

El caballo levantó su cabeza escuchando la ola del aire fresco que de repente despeinó la hacina de heno que comía. Sintió el golpe de la ventana al abrirse de par en par. El aire trajo el perfume del jazmín y de carne frita en aceite. La esencia olvidada de los olivares. Dentro de poco, llegará el tiempo de las aceitunas. Durante dos minutos, el animal estuvo aspirando este perfume. Después, sintió otro golpe en la ventana, al cerrarse más suavemente. El silencio se apoderó de la noche. El aire, poco a poco, se quedó limpio del olor de aceite. Sólo perdura el perfume de jazmín. No, no solo: hay olor de flores del campo, de tierra mojada después de la lluvia, que huele a hierro y frío. Hay olor a humo en las casas cercanas. Hiere el frío intenso del diciembre. Hay ruidos conocidos. Hay calor de las manos del hombre de la camisa blanca. Hay recuerdo de este calor.

74

-¿No te parece extraño vivir en un mundo donde no existen las palabras, tal como carta de crédito, trabajo doctoral, metro, móvil?

- Claro, existe un lenguaje propio en cada país.

- No. No hablo de “cada país”, sino del mundo concreto, donde las palabras como estas, existen solo en los diccionarios. En los diccionarios enterrados en ciudades lejanas, sin olivares.

- No me parece extraño.

Le contesta brevemente.

75

Está noche Ella decidió alejarse de Él para siempre. Esperó a que se durmiera. Se puso el vestido y los zapatillos rojos. Salió de la casa. La noche devoraba a la calle, sin piedad. Lo primero que sintió, fue el miedo de lanzarse de cabeza a la oscuridad. Pero el frío, le ha hecho olvidar el miedo. Corrió sin saber a dónde. Qué frío.

76

La princesa: “Salí por la noche, cuando las ramas de los olivos estaban llenas de aceitunas casi maduras. Salí sin saber adónde ir. Salí porque el camino comienza con el primer paso. Salí para dar sentido a mí vida. Salí para colorear el cuadro de la nieve con el color verde de tus ojos”.

77

Él la ha encontrado al amanecer, en el parque cerca de su casa, perdida en las tinieblas, asustada por el frío, bajo la luz del farol, en el banco. Dormía. La nieve, sin derretirse, cubría su pelo. Iba vestida ligeramente. Con los zapatillos rojos.

78

-Estás loca.

Ya en casa, le grita sin parar.

- ¿A dónde querías ir? ¿Por qué?

Está enfurecido, en sus ojos se ve que no ha dormido.

- Hoy tengo una operación importante. Pero ahora ya no puedo pensar en nada serio. Sólo en tu locura. Cuéntame ahora mismo: ¿A dónde? ¿Por qué?

Nada. No quiere contarle nada. Quiere hablar con Él pero no puede pronunciar palabras. Está cansada. Sentada en la cama abrazando las piernas. Meciéndose levemente como gaviota sobre las olas.
- No puedo obligarte a que hables.
Sin escucharlo, en voz baja:
- No llegué.
- ¿A dónde? Mi paciencia se agota. Dime.
Está en pie frente a Ella. Alto, fuerte.
Ella comienza a llorar, grave, sin lágrimas. Por primera vez comprendió que no llegaría jamás a encontrar el hombre que la espera. El hombre de los ojos verdes.
- Deja de llorar. No es el momento. Explícame.
- Quiero huir de la nieve.
Sollozando, escondiendo la verdad. La verdad que no puede ser descubierta.

79

La princesa: “Esta noche, salí de casa para buscar el camino que me llevará a ti. La borrasca de nieve desfiguraba a la ciudad. Al salir, me sentí la princesa de los cuentos que no me contó mi abuela. Salí con los zapatillos rojos que me compré ayer. No estoy loca para salir en zapatillos

en una noche como ésta. Pero tengo que hacerlo. Desde niña, he imaginado que las princesas llevan zapatillos rojos, pequeños, lindos. Me puse mi vestido de color bermejo. Nada más. Quería que nuestro primer y último encuentro, fuera especial: solo rojo, nada blanco. Estoy harta de la nieve".

80

Esta noche, Él salió de casa corriendo porque, al despertarse, no la encontró en la cama. No la encontró cerca de sí, como siempre. La buscó a lo largo de toda la noche en las calles de la ciudad, maldiciéndose a sí mismo: "tenía que haber prestado más atención a los síntomas evidentes".

81

Él reconoció su silueta desde lejos: frágil, pequeña, abandonada. Tenía puestos sus zapatillos rojos. "Qué estúpido es todo esto": pensó apenado. Qué frío hacía.

82

El hombre de la camisa blanca, mira a los ojos del viejo:

- Qué extraño, sabes, esta noche sentí que me alcanzaba el frío. No lo entiendo. ¿De dónde viene este frío?

Están sentados en el umbral de la casa, uno al lado del otro. Solo el campo se ve al frente, con la figura del caballo inclinado sobre la hacina de heno, sin comer, adormilado.

- ¿Por qué no te libras de este caballo?

- Lo quiero.

En el aire de la noche, el jazmín perfuma más intensamente.

- ¿En qué parte de tu cuerpo sientes el frío?

En el tono de su voz, se nota la ansiedad que no quiere revelar.

- Aquí siento el frío.

El hombre de la camisa blanca acerca la mano a su corazón. Siguen observando al caballo.

- Quizá, el frío del invierno, penetra en tus huesos. Abrígate mejor, hermano.

83

La princesa en el mundo de sus sueños: “Por la tarde, me imagino sentada en la terraza de tu casa, esperando tu regreso, sin obligarte a que regreses. Me dices:

- Sí un día capturas un pájaro, no le encierres en una jaula. No le obligues a que cante para ti, a que esté contigo. Porque sí le fuerzas, intentará escapar. Déjalo en libertad, haz todo lo posible para que quiera estar contigo. Y permanecerá.

En el silencio nocturno, lleno de tu presencia, aprenderé tus palabras, aprenderé a escucharte, a saber que eres libre como un pájaro. Yo no soy tu puerto”.

84

La princesa: “Sentí el deseo de empezar a vivir una leyenda. Vivirla para cantártela después, como la canción de cuna. Cantártela sin palabras, con el rojo del lápiz de labios, con el rojo de mis zapatillos dirigidos hacia tu mundo amarillo y verde. Pero me paré en el parque, no podía correr más, me perdí sin ti, entre la nieve”.

85

Él confiesa desesperadamente:

- Esta noche, Ella intentó huir en zapatillos ligeros.

- Comprenda Usted, que sin verla, no puedo dar un diagnóstico.

El médico tranquilamente arregla los papeles sobre su mesa. Comenta de nuevo:

- Lo único que deberíamos hacer es rodearla de atenciones, cuidarla mucho.

Después de una pequeña pausa, añade sospechando:

- Darle amor.

Él se levanta para irse.

- Espere Usted. ¿Tomamos el café? No se lo ofrecí antes, perdone.

- No. No tengo tiempo. Debo salvarla de su locura. Adiós.

86

La princesa: “No quiero salvarme de mis sueños contigo”.

87

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Cuando vivía en el país de la nieve, cada noche soñaba con el centauro. Deseaba verlo siempre, necesitaba ver sus ojos.
Me contestas:
- No todo lo que deseamos, sirve de verdad.
Estamos en tu terraza, que conozco demasiado bien, encima de las casas blancas, de los ventanucos azules.
- Pero sí que necesitaba ver el color de sus ojos.
- Entonces lo verás.
Tus ojos verdes me engañan hoy. Adivino el engaño. ¿Qué intentas esconderme? Me miras, apagándome la sed del verde. Pero hoy, en cada bocanada, siento el regusto amargo del miedo”.

88

- No me siento bien, Ibrahim.
El hombre de la camisa blanca se acerca al caballo. Los ojos de color verde son oscuros. El caballo lo percibe.
- Vamos a salir un rato. No quiero que estés todo el día sin movimiento, con este frío.
Galopan dirección a la montaña amarilla. Al llegar, el hombre frena su carrera.

Avanzan ahora a paso lento. Por primera vez el caballo empieza sentir miedo del campo. El miedo del campo en silencio, sin movimiento.
- Nada dura siempre.
Dice, adivinando el miedo del caballo. Ibrahim responde, apoyando su nariz húmeda en la espalda del hombre. Ahora es feliz. Al oír el sonido de la voz del hombre, su miedo desaparece.

89

El caballo: “Eres mi movimiento. Me das la vida. Das la vida a mis piernas, a mis músculos”.

90

La princesa: “El sueño constante, se repite cada noche al cerrar mis ojos. No puedo soñar ni con castillos sin reyes ni mares sin puertos ni marineros sin barcas. Sólo el desierto con el centauro. Me acostumbro a ti, centauro. Me acostumbro al ardiente deseo de ver tus ojos. Me has robado todos mis sueños colorados”.

91

Ella abre los ojos:

- Sueño cada noche lo mismo.

Él la abraza por primera vez dulcemente, con atenciones.

- ¿Cómo te sientes? ¿Tienes fiebre?

- Hoy soñé de nuevo con el centauro.

- Querida, te traigo leche caliente con miel. Es mejor que hoy te quedes en cama.

La cubre con la manta de pura lana, abrigándola con cuidado. Va a la cocina. Ella de nuevo cierra los ojos. Intenta no pensar en lo que ha pasado por la noche. Tiene miedo de soñar con el centauro. Quiere soñar con su abuela, con su casa en el pueblo, con el cerezo alise. Escucha el ruido que viene de la cocina, sonido de hogar. Sonríe. Los mismos sonidos que se producían en la cocina, donde la abuela preparaba el desayuno. Ahora le recuerdan aquel verano: “Temprano, se levantaba sin peinarse, sin preparase. Corría por el jardín, con los pies descalzos. Buscando manzanas ácidas entre la hierba. El rocío hacía cosquillas en sus desnudos pies. Qué alegría. Qué ligereza.” Los sonidos no desaparecen, viven en Ella. Los olores no se esfuman, viven en Ella.

92

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Quisiera ser ligera como esta nube.

Miramos juntos el cielo, estrechando las cejas. Tú estás sentado en la sombra. Yo cerca de ti, fundida en esta sombra. Soy de piel blanca.

- Tienes la piel blanca.

- En mí país no hay sol. Todo tiene este color.

En el silencio, me deleito de tu cercanía. El árbol de las naranjas, huele tan fuerte como los latidos de mi corazón.

- Quisiera ser ligera como esta nube. Mírala.

Repito.

- ¿Por qué deseas esto? La ligereza te llevaría lejos de mí. Esta nube es tan leve que no permanecerá aquí. Seguirá su camino eterno.

- Pero llevaré siempre el recuerdo de tus ojos en mi corazón. No importa quién sea, dónde esté. Una vez que te he encontrado, te conservaré dentro de mí”.

93

Ella susurra:

- Yo soy la nube. Soy el agua que chorrea. Soy el viento.

- ¿No duermes?

Sobre la bandeja, le lleva la taza de leche, la miel en el platillo:

- Así dormirás mejor.

Le ayuda a sentarse en la cama. Arregla las almohadas, por detrás de Ella. En este momento, se siente como la muñeca más querida. El calor envuelve su cuerpo. Toma la leche.

- ¡Ahora sí que tienes que descansar!

Él apaga la luz. La deja sola en el dormitorio. Ella sabe que va a trabajar en su despacho. Sabe que estará sola en el dormitorio con las ventanas que dan a la nieve. Sabe que dentro de poco, llegará el centauro para torturarla.

94

La princesa: “Ya hace tiempo que dejo de verte como algo feliz en mi sueño. Ya hace tiempo que me acostumbro a ti. Galopas cada noche por el desierto entre las montañas amarillas. Galopas libre por ahí, torturándome aquí, en la nieve de mi

estepa. Estoy contemplando tu carrera libre y rítmica, al otro lado de la nieve. Me hechizas. Mi respirar se hace lento, se convierte en el ritmo de tus movimientos. Hoy me has llamado por primera vez con la mano, tan de repente, que me estremecí. ¿A dónde voy? ¿Cómo? El mundo está enterrado bajo la nieve. Ni camino ni huella. Me has sonreído. Y te fuiste. La nevada me engulló".

95

El caballo: "Quiero ser ligero como las nubes. Quiero galopar por los campos, como el viento".

96

El caballo: "¿Qué siente el viento cuando vuela sobre los campos? ¿Qué siente el viento en la soledad de su carrera?"

97

El caballo: "El hombre de la camisa blanca, me lo cuenta cuando corremos por los campos verdes, rodeados por las montañas amarillas".

98

Él, llegó tarde. Más tarde que otras veces. Llegó serio y callado. Entró en la casa y, sin quitarse el abrigo, se fue a su despacho. Ella lo siguió. Sobre sus hombros, se veían los copos de nieve. Los copos de nieve blanqueaban sobre su cabeza.

- ¿Qué buscas? ¿Te ayudo?

Él sigue buscando. Encuentra algo. De repente, la ve. Descubre que está aquí.

-¿Por qué no estás en cama?

- Te he estado esperando a lo largo de todo el día. Hoy no fui al trabajo.

- Claro. ¿Cómo vas a trabajar en estas condiciones? ¿Te encuentras bien? ¿Te duele la cabeza? ¿Necesitas algo? Escúchame.

Él coge sus manos. Le dice:

- Quiero que me confieses lo que te pasa.

- Esta noche, vi al centauro. Por fin, vi sus ojos. Ahora sí. Ahora conozco el color de sus ojos. Adivinaba que eran de este color. Pero necesitaba estar segura.

99

La princesa: “Quería asegurarme de que eras tú, el hombre con quien hablo”.

100

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Tengo miedo. Me siento débil. Necesito que me abraces.

- Esto no te salva.

Tú sonríes dejando entrevés tu frialdad.

- ¿No me salva?

- Tienes que vencer tu miedo para ser invencible. Todo lo demás, es sólo la apariencia.

- Pues quiero la apariencia, sea lo que sea. No me importa. Necesito que me abraces.

Sobre el trasfondo blanco de la terraza, hay dos sombras. Dos sombras convertidas en una.

101

La princesa: “Esta noche, me fui a dormir sabiendo que había vencido mi miedo. Tú, mi centauro del desierto, llegas a medianoche. Empiezo a correr detrás de ti, sin camino sin huella. La nieve, lo cubre todo”.

102

La princesa en el mundo de sus sueños: “Salimos juntos hacia la montaña

lejana que veíamos desde tu terraza. Me preguntas:
- ¿No tienes miedo del camino?
- Cuando no sé dónde acaba el camino, sí.
- No sabemos jamás dónde acaban los caminos.
Lo rechazo con el movimiento de mi cabeza:
- Cuando era niña, cada día caminaba para ir a ver mis abuelos en el pueblo que hay cerca de mi ciudad. Recuerdo bien este camino, siempre como una imagen de invierno: mucha nieve y los camachuelos en los arbustos. Nada más, sólo el blanco y el rojo. Nunca tuve miedo de recorrer este largo camino que atravesaba las blancas estepas. No tenía miedo porque al final del camino, descubría entre la nevada, el pañuelo amarillo de mi abuela, esperándome. Han pasados los años. Ya no hay amarillo en el fondo de la nevada. Ahora tengo miedo volver a recorrer este camino. Ahora sí que tengo miedo.
Caminamos despacito para llegar a la montaña al caer la tarde, para ver la puesta del sol. Qué extraño calcular el tiempo sin reloj, con las puestas del sol".

103

- ¿De verdad quieres que te cuente mi secreto?

Ella le pregunta y lo mira desconfiada, con la esperanza de sentir “sí”.

- Sí.

- Sigo viendo los mismos sueños cada noche: la nieve, mucha nieve que cubre todo el espacio a mi alrededor. Al otro lado de la nevada, descubro el amarillo.

Él la escucha sin interrumpirla. Registra superficialmente sus palabras, sin comprenderlas, sin sentir su dolor.

- Sueño con el desierto amarillo, con el centauro galopando por su centro.

- ¿El centauro?

- Sí, feliz y libre.

“Centauro”, Él se repite en su interior. Después, para cambiar de tema y hacerle pensar en otras cosas:

- Hoy he visto a los camachuelos. ¿Quieres que salgamos mañana fuera de la ciudad, para ver a estas aves? Mañana es mi día de descanso. Sería bueno para nosotros gozar de la frescura del bosque.

- Los hermosísimos y rojos camachuelos comunes.

104

El hombre entra en el establo. Ibrahim siente su débil abrazo. Percibe el olor del tabaco.

- Mañana me voy a la ciudad, Ibrahim. Voy a buscar trabajo por allí, antes de que en mi pueblo empiecen a recoger las aceitunas.

Ibrahim no entiende lo que dice el hombre de la camisa blanca pero siente ansiedad. Esta ansiedad, despierta en el caballo el olor del musgo en el aire, el olor de las flores heladas.

- Damos hoy nuestro último paseo antes de que me marche. Sé que me esperarás, Ibrahim. Regresaré pronto.

Salen dirección a la montaña amarilla. Galopan raudos.

105

El caballo: “Ayer fui feliz. Sentí la velocidad del viento. Sentí que puedo adelantarlo”.

106

- ¿Y qué te dijo el centauro?

- Me llama. Me llama desde allí. Desde el desierto amarillo. Pero no puedo superar la nevada. Tengo miedo.

- Necesitas descansar. Tu cerebro está debilitado. Querida, tienes que comprender esto: necesitas reposo.

Ella mira a su alrededor. Descubre el dormitorio, donde pasa el tiempo mirando por la ventana, pensando en el hombre de los ojos verdes. Descubre el dormitorio, donde duerme, soñando con el centauro. Algo constante, une la noche con el día, el sueño con la nieve.

- Sálvame. Sálvame de esta nieve al otro lado de la ventana. Sálvame del centauro que está al otro lado de la nieve.

De repente, implora. Busca su protección como los niños en la cama de los adultos, por la noche.

- No me dejes sola, aquí.

107

La princesa: “La noche llega y llegas tú, el centauro, sin anunciarlo. Cerca de mí, duerme otro. Me llevas de aquí, de sus abrazos que no saben retenerme. No

saben protegerme de ti, porque no creen en tu existencia".

108

La princesa: "Llegas con la nevada. Te veo galopando por el desierto, entre las montañas amarillas, como siempre. Pero hoy, algo está cambiado. ¿Qué es? Me esfuerzo intentando comprenderlo pero no lo consigo. En estos últimos días, me duele mucho la cabeza".

109

Ibrahim va despacito. Con cuidado pisa la tierra. Sus pulmones están llenos del aire fresco y dulce de diciembre.
- Increíble, Ibrahim, mira, míralas.
Se para en seco.
- Ibrahim, ya hay amapolas y todavía estamos en diciembre. Ya las amapolas ¿Quién podría pensar?
El hombre de la camisa blanca, salta del caballo. Se acerca a las flores.
- Quizá en este lugar, hace más calor, no hay viento detrás de la montaña. ¿Qué te parece, Ibrahim?
El caballo relincha. Se siente feliz cuando el hombre habla con él.

- Todo lo que hay en este camino, tiene sentido. Pero no podemos descubrirlo mientras no terminemos de recorrerlo.
El hombre mira más a lo lejos, por donde acaba el desierto.

110

La princesa: “Donde acaba el desierto amarillo, empieza la estepa blanca. Donde acaban las arenas, empiezan las nieves. Quiero llamarlo a esto, el contrasentido de nuestra separación, de nuestra despedida, es la antítesis, descubierta antes de nuestro nacimiento”.

111

Ella repite, soñolienta:
- Sálvame, sálvame de la nieve que se adueña de la calle, al otro lado de la ventana. Sálvame del centauro, que me espera al otro lado de la nieve.
Repite, pero sabe que no hay salvación en ningún lado.

112

La princesa: “El centauro detiene su paso para mirarme por encima de las

tierras, de las montañas, las nieves, las arenas. Lo veo, me ve".

113

La princesa en el mundo de sus sueños:

- "Hemos llegado. Desde aquí, subimos a la montaña para que veas la puesta del sol.

Miro el pronunciado desnivel de la montaña: solo hay piedras sin camino, arbustos espinosos.

- ¿Pero por dónde vamos a remontar? No hay senda aquí.

En este momento, necesito confiar en ti pero dudo.

- Da el primer paso y tu camino aparecerá. Te lo dije un día.

114

La princesa: "Ahora ya no tengo miedo de la nieve, no tengo miedo de encontrarme en el vacío sin camino hacia ti. Doy el primer paso por la infinita blancura. Otro, otro más. La nieve tapa mis ojos. No puedo respirar. Continúo adelante sin poder regresar. No puedo regresar.

Hoy los camachuelos, me recuerdan a las amapolas”.

115

- Hoy las amapolas, me remiten a los camachuelos, aunque nunca los he visto, Ibrahim. ¿Por qué ciertas cosas nos sugieren otras, nunca vistas?

La nube voluminosa y gris, desde el horizonte, se acerca al hombre y al caballo.

- Qué día, Ibrahim. Qué día. Pienso que puede nevar esta noche. La nube desde el nordeste. Mejor que regresemos.

Por última vez mira hacia el horizonte, por donde se ve avanzando el nubarrón. La mirada de los ojos verdes se pierde en la lejanía.

116

La princesa: “No puedo ir despacio, tengo que correr más. Siento el frío en los pies, en las manos, en mi cuerpo. Veo la estepa llena de la nieve. Entiendo mi soledad”.

117

- ¿Has dormido bien, querida?

Él le pregunta al despertarla con el café ya preparado con cariño. La luz de la mañana entra por una de las rendijas de la ventana.

- ¿Sol? ¿Hoy hace sol?

Ella pregunta sonriendo.

- Sí, esta mañana nieva poco. He salido un momento en la calle para comprarte las naranjas. Hay mucha nieve por el suelo. Tomate este café. Dentro de poco, salimos para dar un paseo.

Sí que Ella necesita la taza de café. Necesita la simpleza de este detalle, la ausencia de los centauros, la presencia de sonrisa, de paz, de la mañana con las ventanas abiertas de par en par.

Después, ya en la calle, Ella pregunta.

- ¿Qué existe entre la nieve y el desierto?

- Mar.

118

La princesa: “Todavía tengo el regusto del café. Adivino que era café soluble, no de cafetera”.

119

La princesa: “Me adentré en la mar, sabiendo que no puedo encontrarte, porque ya no existe ningún puerto”.

120

La princesa en el mundo de sus sueños: “Subimos a la montaña en silencio. De repente me preguntas:
- ¿Pero quién te ha dicho que vas a encontrarme en un puerto?
- Porque quiero pensar que eres mí puerto. Te encontré. No quiero irme de ti.
- Soy tu sueño. No te agarres al humo. Sigue adelante.
En tus palabras escucho la seriedad que me daña.
- No me robes el sentido de mi camino. Un camino vacío, ya no tiene sentido seguirlo.
No me contestas. Siento que de verdad eres el humo que intento retener en mis manos y se desvanece”.

121

La princesa: “Te imploro, no seas humo, no me dejes aquí, perdida entre la nieve y el desierto. No me dejes en la mar sin puerto”.

122

El caballo: “Te imploro, hombre de la camisa blanca, regresas lo más pronto posible. No puedo respirar sin ti. No puedo estar inmóvil, sin correr. Los olores del diciembre me invaden, me ahogan en el frío”.

123

La princesa: “Te imploro que existas. Que tengas presencia en este mundo donde en primavera brotan las flores, donde la mañana empieza con la taza de café, donde la noche está llena del amor y el día está repleto de tu sonrisa. Te imploro que existas en este mundo, donde la nieve tapa todas las salidas de nuestra casa para que estemos inevitablemente juntos. Serás mi oración por la noche, antes de acostarme”.

124

El caballo: “Te imploro que existas. Que tengas presencia en este mundo de tiniebla, sin sol, sin colores. Que existas en el mundo que huele al perfume de tu cuerpo, en el mundo que suena como la música de tu guitarra. En este mundo que

está mojado bajo la lluvia por los campos sin límites".

125

La princesa en el mundo de sus sueños: "Estamos sentados en la cima de la montaña, miramos la puesta del sol. El sol cae sobre tu ciudad blanca. Despacito, el color carmesí sube por los muros, salta sobre la mezquita, después sobre la torre de la catedral para huir hacia el olvido, hacia otra puesta del sol sin nosotros. Observamos esta huida en silencio. En el silencio acogedor de tu presencia a mi lado. De mi presencia a tu lado".

126

- Nevará, Ibrahim, dentro de poco. Regresamos.

La estepa detrás de la montaña está cubierta con la sombra del nubarrón que se acerca desde nordeste. El azul del cielo está manchado por este nubarrón rojo-marrón. El viento arrastra el frío de los campos del país lejano, del país desconocido.

Ibrahim olfatea el olor de la estepa. Huele a flores nórdicas. El olor de flores lejanas,

es como la profecía del encuentro con despedida.

127

La princesa: “El último copo de nieve, desaparece de mis zapatillos rojos. Atrás dejo la nevada densa como la leche, la nevada que arropa al mundo. La nevada tan viva, tan embrujada como una bárbara enamorada. Delante de mí, tropiezo con tus ojos. Dos lunas que me ciegan, iluminando la salida del labirinto de mi vida. Salgo, para comprender que todo fue simplemente el camino recto e inevitable hacia ti”.

128

Van despacito por la calle. Él no quiere que Ella haga esfuerzos, necesita aire fresco. Le sanará. El médico ha dicho que es bueno el descanso. Ella insiste en su pregunta, ya olvidad por Él:

- ¿Pero qué existe entre la nieve y el desierto?

- Mar.

129

- Ella casi no sale de casa.
- ¿Usted sabe por qué motivo?
- Dice que tiene miedo de la nieve.

Silencio. La ventana del despacho del médico, está cubierta por la nieve. Él siente que empieza también a estar obsesionado con la nieve.

- Dice que sueña con un centauro.
- Eso es ya interesante. Puede ayudarnos. Siga contando, por favor.
- Nada más. Solo un centauro en el desierto.
- ¿Qué desierto?

El médico anota cada palabra pacientemente, con la cara seria e indiferente. Como en los tribunales.

- No sé, tampoco lo sé. Pero siempre habla del desierto.
- Y la nieve.

Añade el médico, mirando pensativo por la ventana.

- Si.
- Bien, bien, muy bien. La nieve, bien. Perdida entre la nieve y el desierto.

130

La princesa: “Eres el destino de mi camino. Porque no hay camino detrás”.

131

- Mí colega, ha empezado investigar sobre las enfermedades de este siglo: depresiones, solipsismo.

El médico lo mira atentamente y después propone:

- Usted también es médico. Pienso que no es necesario que le explique, que ahora cuida de Ella.

132

El caballo: “El miedo. Las flores nórdicas, huelen a miedo. Al amargo miedo que no huelen ni el romero ni la albahaca”.

133

La princesa: “El miedo. Lo dejé atrás, donde una bárbara embrujada, desparrama flores nórdicas por la tierra cansada”.

134

El hombre de la camisa blanca salta del caballo acalorado por la carrera. El

hombre deja a Ibrahim en el establo. Se despide del caballo para regresar a casa y calentarse en el fuego. Es diciembre.

135

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “¿Por qué sé el día en el que voy a encontrarte?

El sol ha caído para siempre en el horizonte. La noche llegó con el vestido andrajoso de las nubes de nordeste. Estamos sentados hombro con hombro, como en la víspera de nuestro fusilamiento. Compartimos cada pizca del sentimiento, con el sol desaparecido.

- Pienso mucho en este día. Todo es simple: por la mañana entro a tu casa. Estás con el sombrero de paja tocando la guitarra. Entro sin saludarte, como si no hubieran pasados los siglos sin ti. Preparo el café, tan largo como la vida de las mariposas.

Me contestas brevemente:

- Será un día bello.

- Será un día lleno de ti”.

136

Él la acompaña llevándola del brazo:

- ¿Quieres que descansamos en un bar? Tomamos algo para calentarnos un poco. ¿Qué te parece?

Otorga con la cabeza, obediente e indiferente, con los ojos dirigidos al cielo sin nubes. Entran en el bar.

- Un té, por favor.

-¿Y para la señorita?

Ella mira para la ventana. La ventana sin nieve.

- Lo mismo.

El bar es pequeño y acogedor. Está en el último piso del edificio mirador. Hay poca gente, solo los elegidos. Paredes del vidrio. Dos brotes de flores en el cristal. Dos rosas: amarilla y roja.

Él observa atentamente sus ojos clavados en el horizonte.

- La vista desde aquí es hermosa: ni edificios ni techos.

- El cielo es como la mar. Parece que navego por la mar.

- Sí, el cielo es como el mar.

- Ni orillas ni puertos. El vacío prefecto.

137

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Pienso mucho en el día de nuestro encuentro. Será el día en el que descansaré por fin a tu lado. Llevo demasiado tiempo caminando entre la nieve y el desierto.
- ¿Caminando por la mar?
- ¿Cómo lo sabes?”

138

La princesa: “Un día, quiero conocer la caricia de tus manos que tocan la guitarra. La caricia de tus manos que crean castillos y tierras en sus cuerdas. Quiero ser estas cuerdas. No, deseo más: quiero ser el sonido que buscas en ellas, el sonido, encontrado por un instante”.

139

El caballo: “Quiero correr por los horizontes que me dibuja el hombre de la camisa blanca”.

140

El caballo en el establo, come el heno con poco apetito. Sueña con la hierba

verde de los campos. El hombre de la camisa blanca en la casa, come el pan con poca gana. Sueña con las amapolas de los campos.

141

El camarero trae el té. Lo toman despacio. Él intuye que cuando Ella termine la taza del té, se marchará para siempre.

142

La princesa en el mundo de sus sueños: “Cuando bajamos de la montaña, noto que estamos lejos uno del otro. Te sigo detrás. Intento adaptarme al ritmo de tus pasos, procurando pisar en las huellas que dejas por la senda.
- No lo conseguirás.
- ¿Por qué?
- Porque en la mar no hay pasos, ni huellas.
- Pero estamos en la tierra. Aquí. No quiero vivir más de sueños. Quiero vivir en la realidad que nos rodea y ahora.
- Una vez que salimos a la mar, no es posible volver al puerto que dejamos atrás.
- Sí, lo sé.

Te imploro que me libres de la obsesión de palabras metafóricas, irreales. Pero tú sigues caminando tranquilo.
- Tampoco es posible llegar al puerto que tenemos delante. La mar te seducirá para siempre.
- ¿Por qué?
En cada palabra que pronuncias, siento que me abandonas.
- Tú lo sabes.
Bajamos a la ciudad, buscamos un espacio libre, sumergidos en la muchedumbre. Tú, para andar, yo, para estar cerca de ti. Tu ciudad está hermosa esta tarde, hermosa como un sueño de princesa enamorada, de la princesa de los zapatillos rojos. Llega la noche".

143

La princesa: "Lo sé, el puerto no existe, lo sé, pero solo son palabras. El miedo de los marineros que navegan por la mar años y años sin toparse con el horizonte. Miro como duermes en la cuna de mis manos, de mis rodillas. Miro como duermen tus ojos verdes. También yo me voy quedando dormida. Sueño que dormimos en la cuna de las manos de tu

ciudad, sobre las rodillas de tu ciudad. Sueño que olvido para siempre el recuerdo de la mar. Sueño que estoy en la orilla, cerca de ti".

144

- Llega el tiempo de las aceitunas.

- Lo sé.

- ¿Y te marcharás al comenzar la recogida de las aceitunas?

El viejo calienta sus ásperas manos en el fuego. La luz de la llama lo hace bello, antiguo.

- Regresaré pronto pero tengo que salir. Aquí hay poco trabajo.

- No, aquí hay mucho trabajo.

Confirma el viejo, sospechando que no dice la verdad. El hombre de la camisa blanca se levanta y retira del fuego.

- Cuida de Ibrahim.

- Claro.

Contesta el viejo apenado.

145

- Quisiera hablar contigo.

- Yo también.

Silencio en el bar. Tienen miedo de hablar entre sí.

- ¿Te gustan estas flores?
Él coge la flor amarilla del cristal y se la da a Ella. Los dos viven por un instante la cercanía de sus manos.
- ¿Sabes con qué soñará esta flor al abrirse por la mañana?
Pregunta Ella.
- No.
- Soñará que el mundo a su alrededor, no se marchitará jamás.
- No. El mundo no cambia. Se marchitan las flores. Apura el té, querida.

146

- Ella habla de las flores, del mundo que se marchitará.
- ¿Algo más?
Pregunta el médico.
- Esto ya es suficiente pero es imposible. Ella es biólogo. Tiene casa, amigos, trabajo, carrera.
Del modo en que lo haría un preso, Él se mira las manos pensando.
- ¿Té o café?
Con fría cortesía.
- Café.
Silencio. Se escucha cómo el médico prepara el café soluble.

147

El caballo: “Eres mi galope”.

148

La princesa: “Eres mi puerto”.

149

El hombre de la camisa blanca deja la casa al amanecer. El sol, a esta primera hora del día, se bate como el pájaro en la jaula de las nubes. Aún cautivo en la noche.

150

La princesa: “Adivino tu mundo bajo los párpados cerrados. Es sol y música. Duermes, embrujándome con tus sueños. Eres mi tierra, donde planto las flores de mis besos”.

151

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Soñé esta noche con tus sueños.

No me crees. Sonríes, como siempre.

- Háblame de tu país.

-¿Qué te cuento? Mi abuela lavaba la ropa en la nieve derretida.

De nuevo sonríes:
- País de la nieve".

152

La princesa: "Intento escribir de ti pero la prosa se vuelve poesía. Quiero decir palabras sobrias pero me emborracho en cada estrofa con tu presencia. Escribo estas frases a dos pasos de ti. Solo dos calles me separan de ti, hombre de la camisa blanca. Hombre del sombrero blanco. Mi hombre, tan blanco como no pudieron ser las nieves de mi tierra".

153

- ¿Hace unos días deseabas hablar conmigo?

Están de nuevo en el bar mirador. De nuevo la mesita con el brote de la flor amarilla. De nuevo el vacío del cielo al otro lado de la ventana.

- Qué tiempo.

Ella observa cómo las gaviotas se esfuerzan para volar contra el viento. Después dice:

- Sabes, me gusta este sitio, imagino que estoy lejos de todo.

Añade muy seria:
- Tengo que marcharme.
- ¿A dónde?
- Este lugar para mí ahora está vacío. Déjame marchar. Perdóname.

154

El hombre de la camisa blanca sale de casa al amanecer. Sale como los caballeros a la cruzada, vestido con la armadura de su piel morena.

155

La princesa: “No puedo coger el sueño. Ahora ya no puedo dormir por las noches. Quiero verte, centauro de los ojos verdes. Quiero cada noche salir de la nevada. Cada noche quiero encontrarte por primera vez, por primera vez morir y resucitar en tus ojos verdes. Pero no puedo coger el sueño”.

156

La princesa: “Sufro insomnio. No sabía jamás que mi mundo era solo un sueño hundido en tu recuerdo”.

157

El caballo: “Sufro insomnio. Duermo y veo sólo la noche, sin sueños. El hombre de la camisa blanca se fue. Me invade la noche llena de quietud”.

158

El caballo: “Su sombrero olía a paja”.

159

- No duerme. Dice que quiere marcharse de aquí.
- ¿A dónde?
- No sé.

Él de nuevo se siente como en un tribunal, pequeño, incapaz de salvarla.

- Intento estar con Ella. Dos semanas sin trabajar. Estoy todos los días en casa. Pero, no sé, me parece algo extraño. Es como si no estuviera conmigo, no sé dónde.
- Podemos salvarla. La medicina, en estos últimos años, ha dado un salto en el conocimiento de este tipo de enfermedades.

160

La princesa en el mundo de sus sueños:

- Sabes, un día escribiré un libro sobre ti. Sobre mí.

- ¿Y para qué?

- Para recordarlo todo. Todo hasta las comas de tus frases, hasta los sonidos de tu música.

- ¿Qué libro será?

El sol acaricia nuestra terraza. Somos dos peces felices y grandes flotando en las olas doradas. El jazmín huele a los siglos de los reyes moros.

- Será el libro del silencio color verde.

Sonríes.

- Será un libro con una sola palabra: tú. Y sí un día alguien lograra descifrar está palabra, no bastarán los volúmenes para escribirlo todo.

- Qué exagerada.

- Quizá.

Reímos. Felices de vivir, de existir, existir como las plantas verdes, como las mariposas que nacieron ayer".

161

La princesa: “Pido a Dios no olvidarte jamás. Pido conservar el regalo que he recibido. Pido en todas las lenguas del mundo, recordarte. Pido así, como piden los niños”.

162

El caballo: “Te vas y no vuelves. Me acuerdo de ti: tu cuerpo huele a flores del campo, al otoño en las montañas donde corríamos en libertad. Tu cuerpo huele a sudor, a carrera, a vida. A mí”.

163

- ¿De nuevo no has dormido esta noche?

Él le pregunta preocupado.

- No.

- Vamos. Hoy vamos al médico. Conozco a uno, mi amigo. Tiene experiencia.

- ¿En qué?

Silencio. El reloj de pared da las nueve.

- Tengo miedo del tiempo. Quita este reloj, por favor. No quiero escuchar más el paso del tiempo.

Desesperado, Él se sienta en la silla frente a la ventana. Sujeta su cabeza con las

manos y los codos apoyados sobre las rodillas.

164

La princesa: “Tengo miedo del tiempo que paso sin ti. Tengo miedo del tiempo que corre por el mundo para encontrarme un día, tengo miedo que me encuentre fuera de tus brazos”.

165

- Qué frío.

El hombre se envuelve en el abrigo. La nube del nordeste ya está muy cerca. Está agarrada a la cumbre de la montaña amarilla.

- Quizá, se quede ahí.

El día está pálido, enfermo.

166

- ¿Recuerdas que un día hemos comido aceitunas?

- Sí.

Él intenta encontrar un significado escondido en sus palabras. Encontrar un síntoma, una respuesta.

- Quiero - ver - al - hombre - que - ha - cogido - estas - aceitunas.

Pronuncia con fuerza, claro y concreto.
¿Es un capricho de loca? ¿De niña? ¿De soñadora? ¿De princesa?

167

La princesa en el mundo de sus sueños:
- “Te toca a ti hablarme de tu vida.
Me contestas brevemente:
- Aceitunas.
- ¿Qué aceitunas?
- Mi vida se parte en dos: la época de las aceitunas y el resto.
Te miro. Sí, tus ojos son de color de las aceitunas, tu piel tiene perfume de aceitunas”.

168

- Usted tiene dos opciones: seguirla en su locura o traerla aquí. Sabemos qué hacer en casos como éste. Perdón por mi aseveración. Los dos somos médicos. Usted sabe que la espera puede ser peligrosa.
- ¿Seguirla en su locura?
Él intenta repetir lo más indiferente posible.
- Sí, eso es una de las dos opciones.
Silencio. Esperan algo.

- Sí, repito, o ir con Ella a buscar al hombre que, perdón, cogía las aceitunas, o.
Interrumpe sin acabar la frase, sin intento de contenerse esta vez:
- Pero, perdóname Usted, pero.
De nuevo un silencio. Se escucha el tic tac del reloj de pulsera del médico.
- Tengo que regresar a casa. Está sola. Hasta luego.

169

El caballo: “Primera mañana sin sol. Primer día sin olor de los campos. Primera tarde sin el placer de los músculos cansados de correr. Sin ti, hombre de la camisa blanca”.

170

La princesa: “Primera noche que duermo. Primera noche que de nuevo veo el desierto. Sin ti, centauro de los ojos verdes”.

171

La princesa en el mundo de sus sueños:
- “Todo me parece muy extraño.
- ¿Qué?

- Que estamos juntos.
- Tenía que ser así".

172

La princesa: "Quiero que la época de las aceitunas también tenga un significado en mi vida".

173

Esta noche Él está cariñoso con Ella. Esta noche de nuevo cae la nieve.
- Nos vamos a la tierra donde los hombres cogen aceitunas. Lo he decidido.
Él pronuncia con los ojos cerrados, apretando con sus manos en las muñecas de Ella.

174

La princesa: "Me ha dicho que vamos a tu tierra, centauro. Vamos para encontrarte. Esta noche de nuevo ha nevado pero no importa. Salgo con los zapatillos de princesa para ir a buscarte sobre esta tierra o donde acaba esta tierra y empieza la mar, la mar sin puertos".

175

La princesa: “Él compró los billetes, arregló todos los documentos. Yo preparé mis zapatillos de princesa para salir a buscarte al amanecer”.

Y el desierto

1

- Estás aquí, en la tierra donde los hombres cogen aceitunas.

Le dice a Ella, quiere verla sonreír. Jamás en su vida había deseado tan fuertemente hacerla feliz.

- Ahora quiero que descanses del viaje.

- Sí.

Obediente, silenciosa se va a la cama, como cuando se realiza algo solemne, grande, inexplicable, esperado. Ella se duerme rápido. Está cansada. Él se sienta cerca de la cama.

“Quizá, este viaje, este capricho, es la única cosa importante que he hecho para ti, princesa”. Piensa. La observa. Mira cada línea de su cara, cada sombra de su cuerpo.

2

La princesa: “Escribo estas páginas y siento que estoy agotada. Agotada de mi esfuerzo de imaginarte, imaginar tus respuestas, tus movimientos, matiz del verde por la mañana”.

3

Él intenta recordarla así, envuelta en la noche del país lejano, del país ajeno. Al otro lado de la ventana, se ve la luna nueva, esbozada con el color de la leche cocida. Ahora, la misma luna invade el dormitorio en su país, donde todo está trastornado por la nieve. Se levanta para cerrar la ventana entreabierta. La ciudad abajo, duerme. La placeta parece un altar antiguo, un sacrificadero a donde mañana Él llevará obediente a su princesa encontrada.

4

La princesa: “Soy una viajera sin agua en un día caluroso, una viajera en el desierto sin horizonte. Ni tu sonrisa ni tus brazos, ya no puedo imaginar nada más.

Necesito el agua de tu presencia para llegar a mi puerto".

5

El caballo: "Necesito tu presencia para salir del establo. Para acordarme del perfume de las estrellas, para acordarme del sabor de las flores".

6

La princesa en el mundo de sus sueños:

- "Te veo triste esta mañana.
- Ayer, paseando por tu ciudad, encontré el árbol lila. El mismo árbol que crecía frente a la casa de mis abuelos.
- Debes tener alegría en vez de tristeza. Son las señales que te envía el cielo.
- Me acordé del ramo de lilas que cada mañana mi abuela ponía en el jarrón.
- Estamos de paso. Nada poseemos aquí.

Te miro y por primera vez siento un dolor agudo: no quieres comprenderme. El sol se levanta rápido de las montañas amarillas. No dormimos nunca".

7

La princesa: “Temo perder una migaja de este mundo que se me escapa como el agua por entre los dedos”.

8

El caballo: “Hace dos días que estoy en el establo. Hace dos días sin diciembre frío, sin olor de jazmín, sin las montañas que huelen a paja fresca, sin el hombre de la camisa blanca. Es de noche”.

9

La princesa: “Temo perder el recuerdo de tu perfume, el recuerdo de tu voz. Porque al quedarme sin ello, olvido amar, olvido sufrir. Olvido vivir”.

10

El caballo: “Temo perder el recuerdo de tu perfume, el recuerdo de tu voz. Porque al quedarme sin ello, olvido correr, olvido galopar. Olvido vivir”.

11

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “¿No temes perderme un día?

Siento como crece el silencio. Crece tan rápido que se está convirtiendo en un abismo. Ya no veo ni tus ojos. Alargo las manos y me estrello con el vacío.
- Nada poseemos aquí.
Repites desde la otra orilla, donde hay paz y sol, dirigiéndote a esta orilla, donde solo hay nieve. Reconozco tu voz, mi hombre encontrado.
- Todo se nos ha dado por un instante: vivirlo y devolverlo.
- No. En la vida.
Siento un nudo en la garganta. Me rebelo como una hormiga contra las leyes del mundo. Me rebelo como una hormiga porque quiero el perfume de los pinos a mi alrededor, porque quiero el bosque que me rodea. Porque quiero el sol que se escurre por entre las ramas, altas como las estrellas.

12

La princesa: “Se acaba esta noche como acaban los libros, los caminos, los dolores. Te sueño preciso y vivo. Tus ojos frente a mis ojos, mi centauro. Aquí acaba la mar. Veo las siluetas de las orillas donde me esperas. Siento el calor de tu desierto.

Oigo el cuchicheo de la arena bajo tus pasos”.

13

El hombre de la camisa blanca entra en la ciudad por la noche. Entra como un mesías de leyendas antiguas. La ciudad oye sus silenciosos pasos. La ciudad escucha todo. Reconoce todo. Al entrar, se para en la placeta, bella como la que dibujaban los pintores medievales. La luna nueva, se desliza por el cielo negro. La luna antigua.

14

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Sabes, siempre he imaginado, encontrarte así. De repente.

La luna nueva sobre la ciudad. La noche va de puntillas para sorprender nuestra conversación, para guardarla en sus recuerdos. Cuando desaparezcamos, sólo esta noche nos recordará. Somos dos caminos que se cruzan por un instante.

- ¿Cómo habías imaginado nuestro encuentro?
- ¿No lo sabías?

Aprieto tus manos. Siento que el tiempo te roba de mí, me quita tu sonrisa. Tan poco y tanto.
- Lo sé pero quiero escuchar cómo lo cuentas tú.
- Son mis primeros días en la ciudad blanca. Paseo por las calles buscándote sin conocerte. Paseo por la ciudad llena de profecías de ti. Palidez de luna, silencio de los castillos, música de los manantiales llenos de peces y flores. Todo me susurra de ti.
Cansada de buscarte, llego con amigos a tu casa. Veo de repente tus ojos de color verde.

15

El caballo: “Dos días sin correr. ¿Qué sentido tienen los campos, los senderos, las montañas sino los atravieso galopando? Sin ti”.

16

La princesa: “Muchos siglos sin ti. ¿Qué sentido tiene la mar sino la atravieso para llegar al puerto? Sin ti”.

17

La princesa en el mundo de sus sueños: “Me gusta ver cómo me escuchas, como la noche nos escucha. Es necesario que la noche nos recuerde así: jóvenes, felices. Juntos.

- ¿Qué fue después de haberme encontrado?

Me preguntas cerrando los ojos: en el universo se apaga el matiz verde.

- Después, después tu ciudad se convirtió en mi ciudad. Cada calle me cantaba de ti, desde aquella noche cuando te vi por primera vez, con la guitarra. Te veía siempre por la noche. Todo era algo misterioso en los encuentros. La ciudad nos hablaba de los reyes moros, de las princesas ahogadas en la soledad de sus mazmorras. Los manantiales de los castillos medievales nos hablaban de las cruzadas hacia Tierras Santas.

18

La princesa: “Hay noches en las que todo es importante. Salgo del dormitorio vestida de rojo, con el brote de la rosa amarilla en los cabellos. Me aparto de la cama donde tengo que estar ahora. Me

aparto tan de repente que parece que mi cuerpo todavía duerme cerca de Él. Sin ruido, abro la puerta. Lo dejó solo en la mar, entre las sábanas. Sin ruido, cierro la puerta. Qué sensación tan extraña cerrar la puerta detrás de mí, despedirme de mí".

19

La princesa en el mundo de sus sueños: "La noche está borrada casi por completo. El amanecer, dibuja los contornos de las montañas amarillas en el horizonte.

- No sabía que un día iba a vivir todo esto: el amanecer entre las montañas soñadas, el amanecer con el hombre que fue mi sueño.
- No sabía que iba a ser un sueño de alguien. Es tan agradable.
- Es tan responsable.
- ¿Por qué?

Te miro, implorando que me comprendas sin palabras, que sientas mi miedo del mundo sin ti. Me comprendes. Dejas de mirarme. Lías tu cigarro.

- Vamos a dormir.

Abrazándote, te cuento mis secretos infantiles. Duermes, cansado de ser el sueño de alguien.
- Desde la noche en que te vi, he pensado sólo volver a encontrarte de nuevo. Una mañana, sin pensar buscarte, salí a dar un paseo. Tomabas el café con tus amigos. Me reconociste. Me llamaste: “Te preparé la guitarra”. Me la dejaste.
La noche casi se marchó. Escucho el silencio del amanecer, que está lleno del canto del mirlo”.

20

La princesa: “¿Por qué pienso en ti como sí hubieras nacido en épocas pasadas? En épocas que ni tú ni yo conocíamos. La noche más dulce olerá a ti”.

21

El hombre de la camisa blanca entra en la ciudad por la noche. Entra como el mesías de las leyendas antiguas. La ciudad oye sus pasos silenciosos. La ciudad escucha todo. Reconoce todo.

22

La niña del vestido rojo, entra en la ciudad por la noche. Entra como la princesa de las leyendas de los reyes moros. La ciudad oye sus pasos silenciosos. La ciudad escucha todo. Reconoce todo.

23

Silencio.

24

Silencio.

25

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Así imaginaba tus ojos.

La princesa de los zapatillos rojos se acerca al hombre de la camisa blanca.

- Sabía de dónde llegaba este frío.

El hombre de la camisa blanca se acerca a la princesa de los zapatillos rojos.

- Tus ojos eran de color verde de las estepas desconocidas, de color verde como la mar en la que me perdí buscándote.

- El frío era de la nevada desconocida, el frío en el que sentí tu presencia.
El hombre coge sus manos.
La niña aprieta sus manos.

26

La princesa: “Es tan fácil acabar la historia, llegar a un puerto. Pero me duele aquí, en el pecho, cuando recuerdo el sueño contigo que he perdido al encontrarte”.

27

Él se despierta. Busca su perfume, su calor. La cama está fría. El sol de la mañana, entrando en el cuarto, poco a poco va calentando su soledad. Pero no es todavía la profecía de la despedida. Simplemente huele a las últimas flores de diciembre.

28

La princesa en el mundo de sus sueños:
- “Me gustan las flores de tu tierra.
Estamos sentados juntos, en el bar que te gusta. Aquí en la cuesta.

- Cada vez, cuando aspire el perfume de estas flores, pensaré en esta mañana. Las flores serán como.
Sonríes, interrumpiéndome:
- No. A veces las flores tienen que ser simplemente flores. No las abrumes con la carga de tus recuerdos. Piensa en el sol, en la libertad y en la pequeña flor que no significa nada para ti. Procura entenderlo.
Tomas el café que huele a café. Nada más. Miras a las montañas lejanas. Son las montañas de color de montañas. Nada más. Ni pizca de mentira en la esencia de tu mundo prehistórico".

29

Esperando su regreso, Él no para de andar por la habitación. ¿Quizá fue un error seguirla en su locura? ¿Debió llevarla al médico, llevar sus sueños al tribunal de su indulgencia? La puerta se abre. La ve, la princesa robada: los ojos llenos de sol, los zapatillos rojos. Qué locura.

30

La princesa en el mundo de sus sueños: "La mar que nos separaba, se acabó, se acabó está noche. Ya no siento

más su rumor en ningún lugar. Acerco mi oído a una concha.
- ¿Qué sientes? ¿La mar?
- No. El silencio.
- Coge otra. Prueba.
Otra concha. Otro silencio en tono mayor, suena a ti. Sonrío".

31

La princesa: "Quiero que me perdones las frases de una sola palabra. Quiero que me perdones estas páginas que se fueron a pique dentro de ti, tan desesperadamente. Quiero que me lo perdones, porque te perdono las conchas que no trasmiten el sonido de la mar. Las conchas me susurran sólo del hombre de los ojos verdes".

32

- ¿Por qué siempre miras mis ojos?
Pregunta el hombre, acercándose al mirador de la placeta.
- Son los ojos del centauro.
La niña lo sigue. Miran a la ciudad abajo. Contemplan la ciudad por debajo de ellos. Contemplan el tiempo que pasa sin rozarlos. Contemplan la noche que abriga

en su silencio la catedral, los tejados, la montaña cubierta de leyendas.
- Aquella montaña. Mírala. Se llama “El Suspiro del Moro”.
Dice el hombre.

33

La princesa: “Somos dos dioses mitológicos que contemplamos el mundo desde la altura de nuestra felicidad”.

34

- No quiero mentirte. Dejemos todas las preguntas, por favor.
Él asiente con la cabeza, feliz de retrasar el tiempo de la despedida.
Bajan la escalera para ir al bar a desayunar. Para hundirse en una taza de té, sin pensar, sin temer, sin sentir.

35

La princesa: “Está muy dulce el té. Sabe al hombre de los ojos verdes”.

36

El caballo: “Estaba muy dulce el agua de los manantiales. Sabía al hombre de la camisa blanca”.

37

- Me gustas con este vestido, con los zapatillos rojos de princesa.

Él no quería decirlo pero sus ojos lo delataban. Inútil esconderse. Pero Ella no sabe contestar.

- Estoy feliz de haber llegados aquí. Parece que te encuentro de nuevo. No sé sí me explico.

Ella lo interrumpe, escondiendo su dolor:

- Voy a pedir otra taza de té.

- Siéntate.

Entra al bar. La comprende. No puede reprocharla.

38

Cada noche llegaba con el mismo vestido. A la misma placeta de nombre desconocido. Cada noche encontraba al mismo hombre. Cada noche se aferraba al ancla en el puerto de sus abrazos.

39

La princesa: “Comenzó la luna nueva en la noche en que te encontré, cuando descubrí en tus ojos los del centauro. La luna era de color de la leche cocida al fuego”.

40

El caballo: “No sé cuántos días pasé sin el hombre de la camisa blanca. No los cuento. Siento sólo el gemido del cuerpo en la inmovilidad. La noche”.

41

La luna crecía. Crecía con cada noche, con cada beso que clavaba el hombre de los ojos del centauro en el cuerpo de la princesa de los zapatillos rojos. En cada beso, se escondía una crucifixión, en el centro de la placeta anónima. La ejecución duraba la semana. Justo una semana.

42

- Pero tengo que marcharme.

Una noche dijo el hombre. Y se fue.

43

La princesa: “No pude impedirte que te marcharas a las montañas amarillas, centauro. No pude detener tu galope. Te seguí con mis miradas y vi como tus pasos se convirtieron en flores. La estepa llena de flores”.

44

La princesa: “Esta noche sueño con el desierto en flor”.

45

- Por fin te veo descansada esta mañana.

Él pone las almohadas por detrás de su espalda. Ella se sienta en la cama.

- ¿Crees que estoy descansando?

Pregunta con voz apagada.

- Claro. Toda la semana has estado en la cama con fiebre. El médico que vino ayer, me dijo que descansar es bueno para ti.

Preocupado también se sienta en el borde de la cama, como en la orilla de la mar.

46

Llegó el tiempo de las aceitunas en el pueblo del hombre de la camisa blanca.

- Qué bien, has regresado a tiempo. Ahora descansa. Mañana vengo a despertarte. Todo el pueblo ya hace dos días que está abajo, en el olivar.

- Sí.

Obediente, silencioso se va a la cama, como cuando se realiza algo solemne,

grande, inexplicable, esperado. El viejo mira atentamente al hombre.
- ¿Te pasó algo en la ciudad?
- No sé.
Contesta en voz baja.
- La niña me ha dicho que tengo los ojos de centauro.
- La niña no te engañó.

47

La princesa: “No te engañaré nunca. Cambiaré mis países, cambiaré mis nombres pero tú estarás lo mismo. Estarás tal como te encontré en aquella noche bajo la luna nueva”.

48

La princesa: “No regreso. Ya lo sé. Lo descubrí esta mañana al despertarme de mi delirio. La mar no tiene un puerto. No lo ha tenido nunca”.

49

El caballo: “Estás regresando. Escucho tus pasos. Mis músculos se tensionan al barruntar los campos, el sol, los colores. Llegas a liberarme de la tiniebla”.

50

- Ibrahim.

El hombre de la camisa blanca entra en el establo. Intenta comprender el sentimiento de culpa que siente al ver la alegría del caballo. El caballo olfatea la cara del hombre que lo desata.

- ¿No me reconoces, Ibrahim? Vaya, salimos hacia nuestra montaña.

Es temprano. El agradable rocío cosquillea en los pies. El caballo saborea el aire dulce, lleno de muchos aromas. Esencias de la vida, de la vida que vuelve a tener.

51

El caballo: “De nuevo el sol. El sol con olor a paja, a frescura del rocío, a la presencia del hombre”.

52

- Siento que toda la semana de nuestro viaje estuvieras en cama.

Pasean del brazo por el parque. Nota que Ella todavía está débil.

- Mañana volvemos pero si quieres podemos cambiar los billetes.

- No. No te preocupes.

Su voz está hundida en el canto de los pájaros.

53

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Quiero que sepas que he sido muy feliz al vivir en tu ciudad.

No me contestas. No tiene sentido responder.

- Pero quiero que sepas también el dolor de oírte un día: “Regreso a mi pueblo. Llegó el tiempo de las aceitunas”.

- Sabía que estas palabras pudieron hacerte daño. Inevitablemente, las aceitunas han partido mi vida en dos.

- También han partido la mía.

54

La princesa: “Mañana regreso a mi país. Regreso para siempre. Aunque “siempre”, es muy relativo. Te fuiste hacia los olivares, solemne como los caballeros de las cruzadas, regresando a sus casas. Dejando atrás su Tierra Santa. Tierra sangrienta”.

55

La princesa: “¿Por qué siento que mi cuerpo es la tierra sangrienta, la tierra del descanso? Contéstame ahora mismo. Porque mañana estaré al otro lado de la mar. Contéstame ahora. Porque desde mañana, mis oídos escucharán el canto de la nevada en cada concha que encuentre en mis orillas”.

56

- Te voy a cuidar desde hoy en adelante. Escúchame. ¿Me escuchas?

Ella no presta atención. El avión despega. La placeta, la ciudad, las montañas amarillas, el país verde, la península habitada por el centauro. Todo se condensa en un punto.

57

La princesa: “Todo se condensa en un punto de las frases que lees ahora. Desde las líneas que forman las letras, te miro”.

58

- Voy a cuidarte desde hoy en adelante.

Repite en voz baja cubriéndola con una manta. Su dormitorio huele a soledad del desierto. Al otro lado de la ventana, se encrespa la nevada. La nevada que no parará jamás.

59

La princesa en el mundo de sus sueños:

- “Empezó la época de las aceitunas. Cada mañana yo iba a la montaña amarilla para ver desde allí los olivares lejanos. La mar de aceitunas.

- No exageres pero.

Fumas. Respiro los últimos minutos de tu presencia.

- Escúchame. Tienes que saberlo antes de que me vaya. Cada día, yo esperaba que se agotaran las aceitunas en los árboles. Pero cada tarde regresaba a mi casa sin ver su fin. Fue la mar verde, la que te robó de mí.

60

La princesa: “Escúchame. Tienes que saberlo antes que desaparezca de tu vida. Fuiste el poema que regalé a los pájaros para que cantaran para ti más

dulce en la noche. Fuiste la música que toqué a las flores para que oliesen para ti más suave en los campos. Fuiste el cuadro que dibujé para ti sobre los manantiales para que sus aguas fueran más frescas al mediodía".

61

La princesa en el mundo de sus sueños: "De repente, una bocanada del aire nos cubre con las flores de los árboles de primavera. Dan vueltas. Sonreímos al mirarlas.
- No te olvidaré jamás.
Digo sin quererlo.
- ¿Ya te vas?
Tranquilo, como siempre, sumergido en la paz de las flores volando en el aire, me despides como si yo fuera humo".

62

De repente, la bocanada del aire cubre a Ibrahim y al hombre de la camisa blanca con las flores de los árboles de la primavera. Dan vueltas.
- ¿Oyes, Ibrahim? La primavera, llegó por fin.

El hombre sonríe con los ojos del centauro. El caballo galopa por los campos. La luz brillante lo deslumbra. La luz al otro lado de las pupilas del caballo ciego.

63

De repente, la bocanada del aire la cubre con los copos de la nieve de primavera. Dan vueltas. Tiene puestos los zapatillos rojos. Dos pasos más allá, está la nevada, la mar para buscarte en todos los puertos que no existen. La mar. Amar.

64

Porque ya no existe ningún puerto.

65

Existe solo la mar.

66

Él regresa a casa. La soledad invade el dormitorio donde las ventanas están abiertas por el viento. La nieve cubre el escritorio con los papeles escritos por Ella.

67

- ¿Ella está bien?
- Mejor. Hoy mejor.

Contesta el médico preparando el café soluble. Él odia este café. Odia las manos del médico.
- Encontré su cuaderno, el comienzo de su investigación. Quizá nos servirá. No sé. Por lo menos tenemos algo.
- Las enfermedades nerviosas se curan solo con el tiempo, con paciencia y paz.
Le dice con tranquilidad filosófica y añade:
- Tome Usted el café.
Le alarga la taza. Coge el cuaderno, leyendo su título: “Los animales ciegos, ven el mundo con los ojos de las personas que los aman”.

68

La princesa: “Cuando por la mañana tomes tu café al sol, no pienses: al otro lado de la mar, tomo el té, envuelta en las mantas. Cuando por la tarde mires al sol, no pienses: al otro lado de la mar, contemplo la nevada perenne. Cuando por la noche toques la guitarra, no pienses: allá tras la mar, lanzo al viento mi música llena de ti”.

69

Salí esta mañana, al amanecer, a la ventana. Para adivinar el sol al otro lado de la nieve. Salí para convertirme en las flores que no te recordarán nada. Salí hacia la montaña de nombre triste: “El Suspiro del Moro”.

70

Salí para convertirme en tu aromático tabaco.
Salí para convertirme en tu tierna música.
Salí para convertirme en tus verdes ojos.
Salí para convertirme en tu caballo ciego.
Salí a la mar para amarte sin orillas, para amarte sin puertos.
Porque ya no existe ningún puerto.

P.S.
Perdóname, no pude robarte de tu caballo ciego, que tú nunca llegaste a conocer.